

Mani

Pauselli, Emilio Pedro

Mani / Emilio Pedro Pauselli. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emilio Pedro Pauselli, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1675-9

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

Edición: Nancy Boufflet

Diseño de tapa: Mariana Pelato

–Buen día. Venimos a una entrevista con la licenciada Llanos.

–Un momento, ya le aviso. –La recepcionista los anunció a través del intercomunicador.

Los recién llegados, dos hombres y una mujer, ya conocían el lugar: lo habían visitado cuando estaban eligiendo geriátrico para su madre.

–¿Ustedes son los familiares de Adela Flores? –preguntó una cabeza con rulos rubios que se asomó a la recepción–. Por favor, acompañenme –les dijo luego de que se pararan los tres a la vez.

Entraron los cuatros a un despacho pequeño pero acogedor. Aunque estaba prendida la lámpara, una ventana que daba al parque del establecimiento era la principal fuente de luz. No había escritorio, sólo una pequeña mesa ratona y unos sencillos y cómodos sillones. La licenciada Llanos se sentó en uno de ellos y, con un gesto de sembrador, de cuando aún no se habían inventado las sembradoras, invitó a sus acompañantes que eligieran a su gusto. Una vez todos sentados, se presentó:

–Soy Isabel Llanos, la psicóloga de la institución y la que hace las entrevistas de admisión.

–Sí, nos llamaron para avisarnos que se produciría una vacante y que teníamos que venir a una entrevista con usted –dijo la mujer del grupo.

–¿Qué relación tienen ustedes con Adela?

–Somos sus hijos –respondió por todos la mujer.

–¿Vinieron todos? Excelente. Apreciamos mucho admitir a ancianos con fuertes vínculos familiares.

Los tres hermanos se miraron entre sí. Probablemente no esperaban esa definición de la relación de ellos con su madre, pero no tuvieron mucho tiempo para analizar la situación ya que la psicóloga continuó:

–Quizás les resulte un poco raro, pero para recibir a su mamá como residente es necesaria esta entrevista. Necesitamos, además de sus datos personales y antecedentes médicos, los rasgos más salientes de su vida familiar y social.

–¿Usted nos pregunta? –quiso saber uno de los hermanos.

–Sí, yo les voy preguntando. Igual, ustedes me agregan todo lo que consideren importante, ¿está bien?

Los tres asintieron, más por gestos que con palabras, que estaban dispuestos a comenzar. La licenciada Isabel Llanos abrió su cuaderno, lapicera en mano, hoja en blanco, y levantando la mirada preguntó:

–¿Cómo se llaman ustedes?

La entrevista fue recorriendo distintos lugares de la vida de Adela desde el punto de vista y el conocimiento que sus hijos tenían de ella. En un momento Isabel les ofreció café. Ya había transcurrido más de una hora y se los veía un poco cansados.

–Los directores del establecimiento creen que la única manera de darle a cada anciano un servicio a la medida de sus necesidades

es conocer su historia –dijo Isabel, con cierto aire de disculpa, mientras pedía que le trajeran café para los cuatro.

Al promediar la entrevista había quedado claro que se trataba de una abuela de 88 años que había vivido los últimos catorce con la familia de la hija. Cuando fue adentrándose en los ochenta comenzó a estar menos comunicativa, aun con sus nietos. La familia relataba que en los últimos dos años había acentuado su aislamiento y ya casi era imposible mantener conversaciones con ella: se limitaba a reproducir monosílabos durante largos minutos y hasta se hacía difícil incorporarla a actividades familiares como fiestas, salidas o simplemente a una charla amena sobre los temas cotidianos.

El caso es que los tres hermanos habían coincidido en intentar ofrecerle a su madre un lugar donde quizás estuviera más cómoda en su aislamiento, con pocas esperanzas de que volviera a ser la que fue.

–La vida... Nadie se escapa de los años –dijo expresivamente el que aparentaba ser el mayor de los hermanos.

2

–Buenos días, Carmen.

–Buen día, doctor.

–¿Alguna novedad?

–Don Barrios no quiere tomar la medicación. Doña Zulema pasó la noche levantada. Llegó la nueva, Adela Flores, no sé si es suya o del doctor Enrique.

– A ver, deme la ficha de ingreso...

La Residencia para Mayores Amancay era difícil de definir. El establecimiento era algo intermedio entre un asilo de ancianos y un hospital psiquiátrico. Albergaba a personas mayores que necesitaban un ámbito cuidado y también acompañaba a esas personas en un intento de que sean felices en el ocaso de sus vidas.

Quizás un lugar para ancianos resume casi todos los misterios de la existencia: testimonio del pasado, víspera de la trascendencia... y todos los problemas de ese presente. Creado por dos amigos médicos, hacía más de 20 años que prestaba sus servicios en Villa Urquiza, aunque su fama excedía en mucho los límites de ese barrio porteño.

El romanticismo inicial de sus dueños hacía rato había sido aplastado por el sistema de salud y los seguros de protección a la vejez: rápidamente les quedó claro que la inversión social destinada a las personas mayores era totalmente inadecuada para proporcionar a los viejos los cuidados que éstos necesitaban. Pero Carlos y Enrique tampoco estaban dispuestos a dirigir una institución que maltratara a los abuelos en nombre de la “eficiencia” y la “sana administración”.

Hicieron un pequeño ajuste en sus sueños: estos ya no serían proporcionar cuidados de excelencia a las personas mayores que lo solicitaran, sino sólo a aquellas que pudieran pagarlos. Efectivamente, la cuota mensual para utilizar el servicio de residencia permanente en Amancay equivalía a unas buenas vacaciones. Tenía en total 12 habitaciones que, por supuesto, eran todas individuales, por lo que siempre había una extensa lista de espera para ser admitido. Por eso la llegada de alguien nuevo era un acontecimiento.

Durante el día esas doce personas pasaban bastante desapercibidas en el movimiento general. Al establecimiento concurrían otros ancianos que utilizaban las instalaciones de la planta baja como lugar de encuentro y socialización; se dictaban talleres de interés y se festejaban cumpleaños y otros aniversarios pero, para el personal y para los dueños, esos doce residentes eran el alma, la razón de ser de la institución.

Carlos, efectivamente, era psiquiatra, mientras que su socio, médico clínico, se había especializado en gerontología. Claro que cualquiera de los dos habría negado enfáticamente que la vejez fuera una enfermedad, pero que era una etapa de la vida donde la atención a la salud era primordial estaba fuera de discusión.

Carlos llegó a su despacho-consultorio y llamó a la nueva enfermera; la anterior había entrado en licencia por maternidad y ya no volvería a trabajar en Amancay luego de dar a luz. Era su segunda semana de trabajo y todavía se estaba adaptando a la institución y a los residentes. Le preguntó por las novedades y le indicó brevemente cómo disolver los medicamentos de don Barrios en las comidas y bebidas para que éste no advirtiera el sabor.

—Por favor, cuando pueda, alcánceme la historia clínica de doña Zulema.

Mientras esperaba se puso a leer la voluminosa ficha de la nueva ingresada.

Apenas recibida de enfermera le ofrecieron trabajo en distintas clínicas del Gran Buenos Aires haciendo reemplazos por franco. Pero Mercedes no se detuvo allí, nunca dejó de soñar con un

trabajo estable y enviaba regularmente hojas de vida contestando a los distintos avisos que aparecían en el diario.

La llamaron de varios lugares, la mayoría los desechaba por la escasa remuneración o por las desmedidas exigencias horarias, pero algunos estaban más acordes con sus expectativas. Uno, en especial, le resultó muy interesante por distintas razones: quedaba en la capital, el sueldo era razonable y el ambiente le pareció muy familiar.

Era un geriátrico en el barrio de Villa Urquiza. Llegó puntual a la entrevista. La recibió Carmen, la recepcionista; no supo por qué le recordó a su madre, quizás por la edad o, más probablemente, por la manera de sonreír. El médico que la entrevistó no hizo tanto hincapié en las tareas a desarrollar como en la filosofía de trabajo: la propuesta era tratar a los abuelos como personas, ser atentos y respetuosos con ellos, poner nuestros conocimientos al servicio de su bienestar. A Mercedes le encantó el lugar y su filosofía. Por lo demás, se trataba de un turno fijo: cinco días a la semana más una guardia semanal de 24 horas.

Como siempre le pasaba en las entrevistas, al leer su hoja de vida era infaltable la pregunta: ¿dónde queda Mechita? Ya había perfeccionado una respuesta que a todas luces generaba simpatía, lo cual era muy favorable para ella ya que sus interlocutores eran a su vez sus potenciales contratantes. Así, les contaba que era un pueblo de la provincia de Buenos Aires creado para establecer un nudo de servicios ferroviarios, sobre todo de talleres de reparación. Como no había terrenos disponibles y ninguno de los hacendados de la época estaban dispuestos a colaborar con “el progreso” cediendo tierras, fue el mismo presidente Quintana quien donó terrenos de una de sus estancias para que se afincara

el pueblo y se construyera el enclave ferroviario. En honor a su hija Mercedes el pueblo se llamó Mechita.

La pregunta que seguía era por su nombre, si tenía que ver con esa historia. Por supuesto que sí, decenas de chicas de Mechita se llamaban Mercedes, era como referirse al lejano *Far West*. Los que entendían la broma reían de buen grado. Ella comprendía que atraía por su juventud, por haberse recibido en la escuela de enfermería del Hospital Británico y por ser una “confiable” chica de pueblo.

Finalmente la llamaron del geriátrico. Dio un salto de alegría y sólo preguntó cuándo empezaba. Estaba iniciando, sin saberlo, una etapa muy significativa de su vida. Lo primero que hizo fue llamar a sus padres, tenía su primer trabajo fijo de enfermera. Extrañaba un poco el *headfone* pero más por rutina que por cariño. Pero no se quejaba: haciendo encuestas se había podido recibir.

Apenas cobró su primer sueldo empezó a ver departamentos, quería devolverle la privacidad del hogar a su tía que la había apoyado todos esos años, y quería algo cerca del trabajo. En Villa Urquiza los alquileres eran caros, pero en los barrios vecinos como Saavedra, Villa Pueyrredón o Villa Ortúzar, había mejores ofertas. Ella tampoco necesitaba mucho: una buena ventana para que entre el sol y un baño lindo, eso era lo innegociable de su búsqueda.

4

—Carlos, quiero estudiar. ¿Qué te parece? —Así, sin preámbulos, de una vez su mujer le compartió su deseo y le pidió su parecer.

—¿Qué querés estudiar?

–No sé bien, quizás psicología, quizás antropología. Pero ¿qué te parece a vos que quiera estudiar?

–Excelente, me parece genial.

Luisa se levantó, se acercó a su esposo y le dio un beso en la boca.

–¡Qué buena que soy para elegir hombre! –dijo, se rio y se sentó en sus piernas–. No es que pensara que no me ibas a apoyar, tampoco sentía que te tenía que pedir permiso, pero... –se secó con el dedo una lágrima que quedó a medio salir– ¡qué bueno que te parezca genial! –y lo abrazó.

## 5

El psiquiatra, finalmente, luego de leer la ficha de ingreso, se dirigió a la habitación de la nueva residente. La ficha decía, entre muchas otras cosas, que se llamaba Adela y que había nacido en Punta Indio, pequeña localidad costera sobre el río de La Plata. Golpeó la puerta con sus nudillos y esperó, pero nadie respondió. Volvió a la recepción y preguntó si Doña Adela ya había desayunado. Carmen llamó a alguien por el teléfono interno y le informó que había desayunado en su habitación, que estaba levantada y aseada, pero que no había querido salir.

Carlos regresó a la habitación, volvió a golpear y sin esperar respuesta abrió la puerta. Doña Adela estaba sentada frente a la ventana que daba al parque, en una mecedora de mimbre con almohadones, uno de los detalles distinguidos de la residencia. Cada habitación contaba con una y permitía, aun a las personas con severas dificultades de movilidad, tener una alternativa culturalmente más aceptable que la silla de ruedas. Ésta se usaba sólo cuando era imprescindible.

La anciana no se volvió a mirarlo, pero por la manera de acomodarse en su asiento era evidente que había notado su presencia. Él avanzó hacia la ventana y se sentó en el borde de la silla que enfrentaba el escritorio de la habitación. De esta manera quedaba algo adelante y al lado de Adela, sin llegar a obstaculizar su visión del parque.

–Buenos días Adela –le dijo amablemente. Ella giró su cabeza y lo miró con dulzura, como una abuela que se alegrara de la visita de uno de sus hijos o de sus nietos. Sus ojos eran de un gris oscuro y el resto de sus facciones aparecían distendidas. Lo primero que sintió el psiquiatra fue una gran paz interior; no supuso que ella gozaba de esa paz sino sintió que la mirada de la abuela había hecho nacer esa paz en él.

–Buenos días –volvió a repetir, acentuando la cordialidad de la expresión. Ella contestó a su vez con una dulce sonrisa–. ¿Cómo se encuentra usted hoy?, ¿descansó bien? –La anciana volvió la cabeza hacia la ventana. La luz de la mañana trazó unas sombras en su delicado rostro y sus arrugas ofrecieron una perspectiva de belleza incomparable. Carlos pensó: *es un premio de la vida.*

–Yo soy Carlos, su doctor de aquí en adelante. ¿No me quiere decir nada?

–Mani... mani... mani... mani... –comenzó a decir la anciana en voz baja, sin volver ya la cara.

–¿Cómo dice, abuela?

–Mani... mani... mani... mani... –volvió a repetir cadenciosamente, dejando un breve espacio entre palabra y palabra.

Para el médico, la expresión de Adela sonaba como un mantra balsámico y profundizaba la sensación inicial ¡Y cuánto tiempo hacía que no disfrutaba de bienestar interior! El próximo nacimiento de su tercer hijo significaba un cambio definitivo en su vida, un antes y un después.

No era su primer hijo, no, pero las circunstancias que rodeaban su llegada eran de todo punto de vista excepcionales. Le había sucedido una de esas historias que pasan en las novelas y que uno cree que nunca le van a suceder a uno y que, cuando le suceden, deja toda la vida patas para arriba.

Sin embargo, en esa habitación y con la compañía de esa mujer desconocida, había recuperado por primera vez en muchos meses la sensación de que todo estaba bien, de que ese horizonte inesperado estaba pintado con nuevas esperanzas. Y en ese estado volvió a preguntar:

–Mani, bien. Dígame, Adela, ¿qué quiere decir mani?

–Mani... mani... mani... mani...

Carlos comprendió que difícilmente obtendría otra respuesta, si es que esa era una respuesta. Si bien se trataba de una repetición, no parecía compulsiva. Esas palabras tenían un sentido, expresaban sus sentimientos. ¿Existiría la posibilidad de llegar desde ese significante hasta el significado que tenía para ella? “Mani... mani... mani... mani...”, resonaba aún en los oídos del psiquiatra. *¿Qué querrá decir “mani”?*, se fue pensando.

## 6

La clase había terminado. Era el inicio de un nuevo año, nuevas caras, viejas preguntas. ¿En qué fecha dijo los parciales? ¿Se

promociona con siete? ¿El programa está en la fotocopidora?  
¿Hay que leer toda la bibliografía obligatoria?

¿Por qué se anotaría la gente en una materia optativa como Historia de las Religiones? Salvo alguna excepción, las personas que la cursaban no se iban a dedicar al tema ni tenían especiales sentimientos religiosos. Probablemente tuviera fama de materia interesante, lo que sería bueno, o solamente de materia fácil, lo que no sería tan halagador.

Estudiantes de las carreras de Historia y de Filosofía se repartían casi toda la matrícula. Algún año había puesto una interesante nota de color la presencia de algún alumno de geografía – definitivamente, la geografía humana era una ciencia injustamente relegada dentro de las ciencias sociales–. Algún católico fanático había animado discusiones surrealista defendiendo que la virginidad de la Virgen no era un impedimento para la comprensión científica del engendramiento de Jesús y algún otro se esmeró en demostrar que la Santísima Trinidad era un solo sujeto de la misma manera que un triángulo no dejaba de ser uno por tener tres lados. También las esporádicas apariciones de alumnos de Sociología, de Antropología o de Psicología agregaban nuevos matices a las discusiones de sus clases.

Pero lo que nadie sabía ni se preguntaba era por qué Esteban Cuciarelli había dedicado los últimos diez años de su vida a enseñar la historia de las religiones. Y no eran clases improvisadas ni repetidas de año en año. Por el contrario, quien se tomara el trabajo de revisar los programas se sorprendería al ver que siempre había abordado temas distintos. La materia se organizaba sobre un interrogante o dilema y, durante todo el

cuatrimestre, se repasaban las respuestas reales o probables que distintas religiones hubieran ofrecido.

Nacido en una familia católica, había crecido rodeado por los preceptos de esa religión. Los que mejor se cumplían en su casa era el control de las partes pudendas del cuerpo. La mamá pasaba religiosamente todas las noches por el cuarto de los varones para verificar que tuvieran las manos fuera de las sábanas. En su modesta comprensión, consideraba que esa revisión impedía que sus hijos se tocaran donde no debían ofendiendo de esa manera al Altísimo, que, a pesar de estar tan alto, veía, por supuesto, esas minucias.

La buena mujer nunca pensó que el retumbar de sus pasos en la escalera daba tiempo a esos niños a sacar las manos de debajo de las cobijas en caso de que allí las tuvieran. Tampoco en que lo que harían el resto de la noche quedaba fuera de su control. Nada de eso hacía flaquear su fe en la buena crianza que estaba proporcionando a esos pequeños.

Tampoco se preguntó qué efecto tendría para esos niños el operativo que rodeaba el baño diario de su hermana. La visita de Khrushchev a Estados Unidos en la época de la Guerra Fría no había suscitado tantas medidas de seguridad. Estaba claro que ese cuerpo contenía unos peligros de los que había que defender al resto de la familia.

Sorteando esos peligros, cumpliendo algunas normas y saltándose otras, fue creciendo el niño Esteban.

De Mechita eran todos sus recuerdos de infancia. Ese pueblo perdido ni siquiera pertenece a un municipio determinado:

pertenece a dos. En una parte del pueblo sus habitantes están en Bragado y en la otra parte están en Alberti. Pero Bragado es en realidad su centro de referencia.

La escuela, las calles vacías, su grupo de amigos y amigas. Eran todo lo que Mercedes había amado en su niñez y odiado en su juventud. Soñaba, como todos y todas, irse lo más pronto posible de ese pueblo abandonado, buscar el futuro, hacerse una vida. Y una vida en serio, una vida de verdad, no estaba en cualquier parte: estaba en Buenos Aires. Esa era la ciudad donde se podía ser artista o locutora, médica o simplemente una trabajadora que con dignidad llevara adelante una familia. ¿Quién hubiera sido Narciso González Bayón si se hubiera quedado en Mechita? Nadie, un viejo más, muerto de pena cuando dejaron de funcionar los talleres ferroviarios. En cambio, se fue a Buenos Aires y fue un ilustrador y caricaturista famoso que trabajó hasta en Estados Unidos.

Claro que ese pueblo, como tantos otros, había tenido un pasado muy distinto, y ese pasado se agigantaba en el recuerdo de las personas mayores, probablemente en contraste con lo que vino después. Su padre sedujo a su madre con su bigote enhiesto, su ropa de trabajo brillante de lubricante y el sueldo seguro a fin de mes. Esos hombres que “arreglaban locomotoras” eran como unos semidioses para las chicas, no sólo de las estancias aleñañas, sino aun para las más urbanas que vivían en la propia ciudad de Bragado.

Mechita no era entonces ese lugar maldito que Mercedes fue descubriendo a medida que crecía. Por el contrario, era una pujante localidad de más de cinco mil habitantes, con una intensa vida económica y cultural, comunicada por seis trenes diarios a la ciudad de Buenos Aires y con trece a la ciudad de Bragado.

Entonces se podían tener sueños, pero ahora... un poco más de mil personas, la mayoría sin trabajo, buscaba oportunidades para sobrevivir lo mejor que podían.

Por eso le daba y no le daba pena dejar a los viejos. Ellos vivían en el pasado, en una vida que había sido y que ya no regresaría. Ella recién terminaba la secundaria, quería estudiar, trabajar, enamorarse, en fin, quería vivir. La despedida no fue en la estación, claro, ésta hacía años que se utilizaba como museo. Fue un simple abrazo al pie del micro, unas lágrimas en los ojos de la vieja, un “nos vemos el fin de semana” del viejo, un suspiro de alivio cuando se cerró la puerta y aquellas pocas calles comenzaron a quedar atrás.

La tía la fue a esperar a Once. Era hermana de su papá y ya habían arreglado que se quedaría en su casa mientras preparaba el ingreso a medicina. Mercedes ya conocía Buenos Aires, pero solo por algún paseo de un par de días. Alguna vez acompañando a su papá al Hospital Ferroviario de Retiro o para los ochenta de la abuela. Pero esta era la primera vez que “vivía” en Buenos Aires. La emoción la embargaba, Buenos Aires era sinónimo de futuro, de vida; una bebida extraña compuesta por una mezcla aún desconocida que se iba a tomar en los próximos meses.

## 8

Días después quedó claro que “mani... mani... mani... mani...” eran las únicas palabras que repetía Doña Adela. Las enfermeras, las mucamas, Carmen y las demás personas que estaban en contacto con ella confirmaban que sólo habían oído esa expresión de sus labios. Por lo demás, comía bien y mantenía sus cosas en orden, aunque aún no había querido salir de su cuarto. En la reunión de personal de los viernes Carlos preguntó:

–¿Alguien se imagina que querrá decir “mani”?

–Fácil –dijo Carmen–, es la canción de la película Cabaret.

–¿Cómo?

–La que canta Liza Minelli, “mani mani mani mani, mani mani mani mani”–. Todos rieron.

–No, Carmen, Liza Minelli cantaba “Money Money Money Money”.

–Sí, pero, se pronuncia “mani”, si no escúchenla en iutú. –La risa fue aumentando.

–¿Alguna otra hipótesis de lo que quiere decir “mani”? –Esta vez el silencio fue la respuesta.

Era muy tentador diagnosticar una psicosis senil, pero la experiencia de Carlos le decía que no se trataba de eso de ninguna manera. De todas formas, le recetó un antipsicótico habitual, pero sin mucha esperanza de que mejorara la situación. Efectivamente, a los pocos días de empezar su administración no se había producido ningún cambio, sólo se la notaba un poco más somnolienta. Pero cuando recuperaba su condición de vigilia, “mani.. mani.. mani.. mani..” volvía a ser su única expresión verbal en el mundo. Suspendió el tratamiento.

Contrataron una enfermera de noche por una semana con el objetivo de acompañar el sueño de Adela y saber si en ese estado agregaba alguna información que permitiera comprender mejor su estado psíquico. Pero Adela dormía plácidamente toda la noche. Alguna que otra vez durante el sueño susurraba algo, pero no era inteligible. Por el ritmo y la métrica podría tratarse

efectivamente de su conocido “mani”, pero en verdad era una deducción más que una observación.

9

Carlos y Luisa habían sido vecinos de toda la vida. Jugaron juntos desde niños y, cuando dejaron de serlo, inventaron otros juegos. Durante la adolescencia experimentaron con nuevas reglas y con nuevos jugadores. Finalmente, ocurrió lo que todos esperaban: el hijo del dentista y la hija del contador del banco se casaron. Aquél se recibió de médico, ésta consiguió empleo en el banco donde trabajaba su papá. Y claro que siguieron viviendo en el barrio, ¿había algún otro lugar en el mundo donde ir a vivir?

Con ayuda compraron su primer departamento. Ya después, trabajando los dos, su primer casita. Hicieron nido y llegaron los pichones. Hijos del amor, pusieron a esos dos padres a criar. Sonrisas, fiebres, pasos, dolor de oídos, palabras, caídas, juegos, toses, abrazos, comenzaron a llenar su vida.

De todo eso ya habían pasado muchos años y la vida les estaba devolviendo tiempo libre en cantidades considerables, sobre todo a ella. Y el trabajo en el banco había aportado dinero, nada menos pero nada más.

Él se dedicaba a lo que realmente le gustaba –vocación que le dicen–, ella no. Se había recibido de mamá, pero no la convencía mucho que esa fuera su especialización en la vida. Al principio la tarea la absorbió totalmente, pero a medida que los niños fueron creciendo se dio cuenta que la maternidad era un acontecimiento maravilloso pero nunca un destino. Era sólo un juego cultural el que destinaba a las mujeres a esa función “de por vida”.

Su madre, con ellos ya grandes, sólo le quedó esperar a ser abuela. Luisa no estaba tan segura que eso hubiera sido una elección, aunque ahora lo disfrutara. En todo caso, era algo que a muchas personas les ocurría, sólo había que dejar pasar el tiempo. Ese tiempo que ahora comenzaba a caer como gotas de agua, una tras otra, y se escurría por la rejilla. ¿El desasosiego que sentía tendría algo que ver con toda esa agua desperdiciada?

La pregunta no se hizo esperar, no requirió de un gran trabajo analítico ni apareció luego de interminables horas de angustia. *¿Qué quiero hacer el resto de mi vida?* Así de sencillo y de prometedor resultó ese momento.

## 10

Esteban fue el más cuestionador de todos los hermanos. Su espíritu analítico rápidamente relacionó los preceptos religiosos imperantes en su familia con los tabúes de la cultura. En la escuela primaria, escuela parroquial para colmo, era el terror de las catequistas y del propio párroco. Cuando en quinto grado presentó un trabajo titulado “El Espíritu Santo y la inseminación artificial” ya la cosa pasó a mayores. En un acto de caridad cristiana le permitieron terminar el año pero le avisaron a sus padres que buscaran otra escuela para el siguiente ya que no lo volverían a inscribir. Es cierto que todos somos hijos de Dios, pero algunos lo disimulan bastante bien, dieron a entender las autoridades.

Siempre fue un buen alumno y un buen hijo y, desde ese lugar de deber cumplido, cuestionaba, cuando lo creía necesario, alguno de los preceptos que reinaban en la casa. Así, sus hermanos pudieron ir a bailar a “esos antros” de moral dudosa llamados boliches y su hermana irse de vacaciones con su novio cuando cumplió los 21 años. Como hermano mayor, funcionaba como un

delegado no elegido que presentaba los reclamos a la patronal y, como en toda negociación, la suerte era diversa.

Pero conocería poco a Esteban quien creyera que su pensamiento crítico se desarrollaba en desmedro de su religiosidad, o que las cosas que sus hermanos podían realizar con su apoyo las pudiera concretar él mismo. Cada batalla contra lo establecido dejaba sus cicatrices; no se veían, pero estaban.

El único que nunca fue a bailar fue él. Tampoco salió de vacaciones con su novia porque nunca se le conoció una. Tenía muchas amigas, eso sí, y algunas lo miraban con especial interés. Era alto, tenía una conversación cautivadora y, si es cierto eso de que de tal palo tal astilla, su familia era ejemplar en cuanto a la armonía del matrimonio, la dedicación al trabajo y a sus hijos.

No sorprendió a nadie que avanzara rápidamente y con excelentes notas en su carrera universitaria. Se licenció en historia y siempre fue evidente para él que, además de leer, investigar y escribir, se dedicaría a enseñar cada vez que pudiera.

Su trayectoria como ayudante de la cátedra de Historia Antigua durante varios años y algunos artículos que escribió sobre religiones orientales lo pusieron en inmejorable posición para presentarse cuando se llamó a concurso para profesor titular de la materia recién creada por el Consejo Superior. Fue así que Esteban Cuciarelli fue el primer y hasta ahora único profesor titular de la materia Historia de las Religiones.

Mientras que Doña Adela llevaba una vida tranquila y sana, Carlos estaba cada vez más obsesionado por esa única expresión que ella repetía sin que él pudiera comprenderla. Eran los límites

de su ciencia, lo sabía, pero no podía resignarse. Una tarde, en su casa, cuando no estaban sus hijos ni su esposa ni nadie que lo viera, prendió la computadora y un tanto turbado guleó la palabra “maní”. Si lo vieran sus colegas, lo único que faltaba era que pensarán que buscaba información científica en “el rincón del vago”.

Lo primero que apareció fue una larga lista de sitios que hablaban del maní. Así, wikipedia informaba que el maní “es una hierba, anual, erecta a decumbente de 30-80 cm de altura, con tallos pubescentes de color amarillento, glabrescentes. Estípulas de 2-4 cm, pilosas...” y así continuaba una extensa descripción de la planta. Había también una Cámara del Maní que agrupaba a sus cultivadores, notas sobre las alergias que produce el maní e informaciones destacadas sobre su efecto antioxidante. ¿Serían todos así los 576 millones de sitios detectados por el buscador en 43 segundos?

Avergonzado de su intento, estiró el brazo y agarró el tomo del diccionario enciclopédico que contenía las palabras con letra “m”. *Esto es lo que tendría que haber hecho desde el principio*, pensó para sí. *Ma... man...* “*maní: bot. Cacahuete*”. Uf, peor el remedio que la enfermedad. Descorazonado, volvió a la página de gogle.

La segunda página era algo más alentadora. Había sitios donde se insistía que “desde el punto de vista botánico, el maní pertenece a la familia de las fabáceas como la soja, poroto, garbanzo, lenteja, arveja y alfalfa”, pero apareció de manera sorprendente un Hotel Mani. Eso tenía mucho más sentido, un hotel, un recuerdo, algún lugar donde Adela dejó anclada parte de su memoria, de sus expectativas, de su vida. Pero el Hotel Mani quedaba... en Berlín. ¿Qué uniría a Punta Indio con Berlín?

Siguió un rato más dando vueltas por la larga lista de sitios que se referían a cosas tan distintas como una leguminosa y un hotel, y no fue en vano. Pocos renglones más abajo se encontró con Mani Osteria & Bar. ¡Qué interesante!, un restaurant italiano, pero ¿dónde quedaría? Ah, descubrió Carlos, en Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos. Eso no era mucho más cercano a la biografía imaginable para Adela.

Se hacía necesario hablar nuevamente con la familia.

## 12

La carrera de Luisa llegaba a su fin. Había sido lo que esperaba y no lo había sido a la vez. Le permitió entrar a un mundo nuevo, la facultad, nuevas amigas y amigos, por lo general muy jóvenes, la adrenalina de ser evaluada y de ser compensada con un buen resultado académico.

Pero, por otra parte, parecía que toda la carrera estaba diseñada justamente para gente muy joven, con poca experiencia en la vida y, por lo tanto, con bajas posibilidades de cuestionar lo que allí se enseñaba. Agradecía haber ingresado al mundo psicoanalítico, pero sentía que esa era una pequeña parte del mundo, al menos con respecto a sus inquietudes.

El aparato psíquico se le representaba como un fideo que nadaba dentro de un plato de sopa. ¡Cuánto que sabía sobre el fideo! Pero qué pocas pistas tenía sobre el caldo. O las pistas que tenía eran bastante inverosímiles de acuerdo a su experiencia de vida. No era lo mismo recibirse de psicóloga a los veintitrés que a los cuarenta y cinco.

Así que, con su título debajo del brazo y sin definir aún “qué quería hacer el resto de su vida”, aunque habiéndolo hecho en

gran parte, se lanzó a la búsqueda de otras bebidas que calmaran su sed intelectual. Volvió al punto inicial: ¿psicología o antropología?, ¿la naturaleza humana o la cultura humana? ¿Por qué la Esfinge sabría más del mundo que el hombre que vive en el mundo?

Muchas veces sus docentes le habían dicho que sus preocupaciones eran “muy filosóficas”; bueno, por allí empezaría. Filosofía, historia, antropología; ¿qué aspectos relacionados con sus inquietudes ofrecerían esas carreras? Encontró una materia que se llamaba Antropología Filosófica, buena síntesis para su búsqueda; pero la lectura del programa no resultó tan tentadora como el título. Sistemas Socioculturales de América, eso parecía más cercano pero, mirando con más detalle, la materia se refería a un pasado remoto, anterior a la conquista europea. Se acordó de algún artículo que había leído donde el autor afirmaba que la ciencia, para estudiar algo, primero necesitaba que esté muerto.

Así fue pasando ofertas de materias y seminarios más o menos interesantes, más o menos detallados, más o menos orientados a sus inquietudes. La materia Historia de las Religiones no le resultó muy atractiva por su título pero, cuando leyó su programa, cambió completamente de opinión. Los temas: el bien y el mal, castigo y salvación, lo masculino y lo femenino. Sabía que estaba al principio de una búsqueda, pero le pareció auspicioso el comienzo.

El ingreso a la facultad fue mucho más difícil de lo imaginado. La distancia entre la preparación recibida por Mercedes en la escuela local y lo exigido en la capital se hizo sentir. Más allá de su esfuerzo, de su asistencia perfecta a las clases y de su dedicación casi exclusiva al estudio, no pudo alcanzar los

promedios mínimos requeridos. Ni siquiera suspendiendo los viajes de fin de semana a Mechita durante el último mes le alcanzó para meter en su cabeza todas las fórmulas, ejercicios y respuestas concretas a preguntas capciosas que el examen incluía.

Los viejos se entristecieron y se alegraron a la vez. Sentían el dolor de la hija por el primer revolcón que le propinaba la gran ciudad, pero también nació en ellos, o mejor dicho, se reavivó, una tenue esperanza de que ella regresara a compartir la vida en su casa donde “nada le faltaba”.

No eran muy realistas sus expectativas. Mercedes mostró tener la garra suficiente para enojarse por el traspie sufrido y decidir que Buenos Aires no le iba a ganar. No empezaría medicina ahora, pero lo haría más adelante, cuando estuviera más hecha a estas exigencias. Lo primero que hizo fue buscar trabajo y lo encontró rápidamente en un *call center* donde se realizaban encuestas telefónicas. El entrenamiento fue breve, los compañeros alegres, el trabajo una porquería, pero servía para lo que ella necesitaba: no ser una carga para sus padres ni para su tía. Y tenía una inmensa ventaja: los horarios eran flexibles y le permitirían estudiar cuando retomara su proyecto.

Las dos sociólogas dueñas del *call* la trataron como una hija que fue a vivir a otra ciudad y no le escatimaron consejos y ni orientación. Enteradas de su primer intento, le sugirieron que averiguara por otras carreras relacionadas con la medicina que le podrían ser más accesibles. De esa manera, lograría conjugar vocación y profesionalización mejorando sus perspectivas de trabajo.

Con esa constancia propia de la gente que tiene que hacerse desde abajo recorrió facultades, institutos y centros de formación en busca de algo interesante que pudiera acercarla a sus objetivos.

Uno de sus descubrimientos fue que había una sostenida demanda de enfermeros profesionales y que esa carrera tenía una duración de tres años. Con dedicación podía recibirse de enfermera a los 22 o 23 años y comenzar su vida profesional; para estudiar medicina siempre habría tiempo.

Finalmente, tuvo que decidirse entre la Cruz Roja y el Hospital Británico. Se decidió por éste último. Aunque la exigencia era más elevada, por lo que escuchó, su título era también el más prestigioso de la Argentina. No había dejado Mechita para hacer algo a medias, quería hacer lo mejor y se sentía con fuerza para intentarlo.

Esta vez sí logró ingresar. El asado en casa de sus padres para festejarlo fue memorable, hasta había gente que ella no conocía, quizás amigos de sus padres, quizás parientes lejanos. Parecía más bien que se había recibido de médica y no que había rendido exitosamente un examen de ingreso a la escuela de enfermería. Todo el dolor de esos viejos que tenían a su hija lejos se transformó en orgullo por sus primeros y modestos logros.

Su vida en Buenos Aires no era sencilla, pero podía con ella. Algunos días cursaba a la mañana e iba al *call* a la tarde, otros al revés. Todos sus ingresos los destinaba al estudio. La tía ayudaba con casa y comida y los viejos ayudaban a la tía como podían. Cuando ella regresaba de Mechita siempre traía paquetes con huevos, carne, quesos, que sus padres compraban directamente a los productores de la zona o, en el caso de los huevos y los pollos, producían ellos mismos.

Rápidamente Mercedes demostró excelentes aptitudes para la enfermería, las mismas que hubiera demostrado en caso de haber podido ingresar a medicina. El cuerpo humano y sus cuidados

ejercían fascinación sobre ella. Si hubiera nacido cien años antes hubiera sido curandera, y de las buenas.

14

La hija de Adela entró al despacho del doctor antes de saludar a su madre. El médico la tranquilizó: su madre estaba bien, gozaba de excelente salud, aunque no había ningún progreso en relación a su capacidad de comunicarse con los demás. O mejor dicho, le aclaró, a hablar con los demás. Porque comunicarse sí se comunicaba. Su sonrisa y las facciones de su rostro dejaban siempre claro a las demás personas cuál era su real estado. Las enfermeras sabían cómo se sentía y cómo había dormido, las mucamas conocían sus comidas preferidas y sabían que no comía carne de ninguna clase, simplemente la dejaba en el plato sin tocar. Todos en Amancay la saludaban con deferencia y ella respondía con sus ojos amables; luego de cruzarse con ella cada cual quedaba con la impresión de que había terminado de tener una larga conversación con una vieja amiga.

—La hice llamar porque quiero conocer más de la vida de su madre, quizás así podríamos ayudarla —e inmediatamente pensó si la anciana necesitaba en realidad alguna ayuda, pero la presencia de la hija lo devolvió al sentido inicial de la entrevista.

—No sé qué más puedo agregar, doctor. En las entrevistas previas contamos todo lo que los hijos sabemos de nuestra mamá, creo que con bastante detalle.

—Sólo quiero que me hable de los viajes de su mamá, quizás eso nos pasó desapercibido en esas entrevistas.

—¿Viajes? Ah, claro, siempre volvían a Punta Indio. Ya no teníamos casa allí, pero fue el lugar donde se conoció con papá,

ellos amaban mucho ir a Punta Indio. Nosotros, claro, de niños los acompañábamos, ya cuando crecimos dejamos de ir, pero ellos se hacían su escapadita cada dos o tres meses.

—¿Y su madre viajó al exterior?

—No que yo sepa. ¿Cómo a qué lugares?

—Como a Alemania, o a Estados Unidos.

—No, eso seguro que no. No sé si alguna vez fue a Carmelo, ellos iban mucho al Tigre y paseaban en lancha, pero a Europa o a Norteamérica, no, seguro que no. Hubiera sido un acontecimiento familiar.

—¿Y no pudo ocurrir que haya viajado antes de nacer ustedes? Un viaje con su papá, o con otra persona.

—No creo, los tíos lo sabrían, sería parte de la historia de la familia. Imagínese, Alemania... Estados Unidos...

—¿Y un viaje de ficción? ¿Su mamá leía la National Geography o entraba en internet?

—No, ninguna de las dos cosas. Mamá nunca usó una computadora. Leía, eso sí, libros, pero no creo que de viajes.

En ese momento a Carlos se le ocurrió una cosa inquietante: “mani” estaba incluida en la palabra Alemania. Quitándole “Ale” y la “a” final quedaba “mani”. Para tener una ilusión con Alemania no hacía falta haber viajado.

—¿Hay algún abuelo o bisabuelo alemán en la familia? —preguntó.

–No que yo sepa. Hubo un abuelo francés por parte de mi papá, abuelo de él, claro.

–¿Algún otro inmigrante en la familia del que tenga noticias?

–Una abuela de mamá era Siria, nunca supimos mucho de ella. Murió cuando nuestra madre era pequeña. –La conversación fue languideciendo.

–¿Quiere ver a su mamá? Ya llamo a la enfermera para que la acompañe.

Minutos después la hija de Adela dejaba el despacho.

## 15

Ya independizado de sus padres desde hacía años, la mayor parte de su departamento estaba ocupado por anaqueles con libros. Ordenado y metódico, tenía su espacio para trabajar en perfecto orden y de la misma manera atendía el resto de sus necesidades personales. A pesar de los consejos de su madre nunca quiso contratar a una persona que le ayudara con los quehaceres domésticos. Esteban se cocinaba, se encargaba de su ropa y de la limpieza del departamento. Algún intento materno por ocupar ese lugar fue amorosamente impedido con un beso en la frente y un “vos ya trabajaste bastante para nosotros, vieja”.

Sus hermanos le hacían bromas y lo trataban de solterón. De esa manera se legalizaba la inquietud por su falta de “compañía femenina”. Nunca nadie pensó que Esteban se iba a casar, pero él no parecía preferir ningún tipo de relación con una mujer: noviazgo, convivencia, amiga con derechos, cada uno en su casa, eran todas alternativas que nunca había transitado.

Él mismo no se ocultaba su perplejidad al respecto. En algún momento de su juventud pensó seriamente si no sería homosexual, pero toda su sensibilidad lo confirmaba en sentido contrario. Sólo que no había privilegiado la relación con una mujer. Tampoco con varias. Sus dos hermanos varones sospechaban, a pesar de sus desmentidas, que en realidad aún era virgen.

La más crítica al respecto era su hermana, casada hacía años y madre de dos de sus cinco sobrinos. Le parecía increíble que él, que tanto había hecho por ayudarlos a todos a liberarse del miedo al cuerpo y de la condena a la sexualidad, hubiera quedado atrapado en esas redes. Él la tranquilizaba, le decía que su vida era feliz y que él también lamentaba no haber hecho una historia de amor, pero sencillamente no le había sucedido... hasta ahora.

Tampoco se engañaba a sí mismo. Comprendía que, efectivamente, su distancia con las mujeres tenía que ver con su historia personal. Como primer hijo había recibido todos los mandatos familiares, podríamos decir, en dosis concentradas. Y tampoco desconocía que esa historia personal había influido en la elección de su especialidad. Lo que no se puede evitar, se puede estudiar, parecía ser su lema. Y si además de estudiar se puede enseñar, eso es casi un programa de vida.

## 16

Si Adela no había viajado a esos lugares, difícilmente “mani” fuera un recuerdo del hotel o del restaurant. Salvo que el viaje hubiera existido y fuera un “secreto de familia”. Esa pista no se podía abandonar. Era una bella teoría: Adela, en su vejez, repetía el nombre de lo que no se podía nombrar pero que había sido tremendamente importante en su vida. De esa manera cumplía

dos objetivos, seguía manteniendo el secreto y a la vez podía decir en este mundo algo que para ella había sido fundamental.

El esposo de Adela, ya fallecido, había sido un viajante de comercio, por eso iba a Punta Indio. ¿Y si hubiera habido un viajero alemán anterior? ¿Alguien con el que Adela soñó irse o se fue realmente? Berlín no habría sido muy amable con ella, el idioma era incomprensible, pasaba sola horas interminables en una habitación del Hotel Mani. El corto sueño de Adela terminó con un pasaje de barco de regreso a Buenos Aires. Su viajero alemán la despidió en Hamburgo con promesas de seguirla en poco tiempo, pero la inestabilidad política en Europa y la guerra lo hicieron desaparecer, quizás de la faz de la tierra o, por lo menos, de la vida de Adela. *En vez de dedicarme a la psiquiatría debería haberme dedicado a escribir novelas*, pensó Carlos riéndose para sus adentros.

Y que esas sílabas estuvieran incluidas en la palabra “Alemania” parecía algo traído de los pelos, habría infinidad de palabras que las incluían. Aunque nada se podía descartar. Le vino a la memoria el error que Fray Guillermo comete en *El nombre de la rosa*, de Eco, al interpretar “*tertius equus*” como el tercer caballo, lo que lo lleva a ir con Adso a revisar las caballerizas. Cuando logra llegar a la entrada del *Finis Africae* y ve la inscripción sobre la puerta –EQUUS– comprende su error: “*tertius equus*” no era el tercer caballo sino la tercera letra de la palabra caballo: aprieta la primera U y, finalmente, la puerta se abre permitiendo penetrar en el misterio. Así que no solamente se quedaría con la hipótesis del hotel de Alemania sino también con la pista de la palabra Alemania.

Cuando Mercedes quedó embarazada sufrió un shock, eso no estaba para nada en sus planes. Es más, nadie sabía que tenía una relación con un hombre, ni su familia ni las amigas. Llegó a estar enredada en ella casi sin darse cuenta.

Es cierto que andaba con ganas de novio. Ya estaban muy lejos aquellas tardes de adolescencia donde se escapaba con ese chico tan lindo a recorrer los alrededores de Mechita. Su padre era distribuidor de repuestos para auto y visitaba el pueblo casi todos los meses. Se habían visto en la plaza, se gustaron inmediatamente. Que viniera desde Bragado le daba un aire especial, que tuviera esos ojos verdes lo hacía único, que hablara sin afectación ni fanfarronería producía en ella un efecto irresistible. Juntos descubrieron sus cuerpos por primera vez debajo de los árboles protectores del arroyo cercano. Fueron sus primeros besos, sus primeras caricias, su primero todo.

En Buenos Aires había salido con un par de chicos pero era solo diversión, y tampoco habían sido tantas veces. Por eso, cuando conoció al otro dueño del geriátrico, no el que la entrevistó sino su socio, quedó totalmente expuesta. Maduro, buen mozo, atento; fue mucho para su creciente demanda de afecto masculino.

Él no se fijó inmediatamente en ella. Eso hizo que su presupuesto se viera alterado por la inusual compra de ropa cara y cosméticos. Conoció lo que era una peluquería y “hacerse las manos”. El gasto no solo abarcaba lo que se veía: cambió todo el estilo y la calidad de su lencería. No, claro que no era inocente, y los 25 años ayudaban.

Cuando él le dijo que estaba muy linda estuvo feliz por muchos días. Cuando le dijo que la deseaba, se arrojó a sus brazos.

En una época, Esteban se había impuesto la tarea de encontrar mujeres que le gustaran. Los resultados fueron de mediocres para abajo. Alguna colega calificó como interesante, con su vocecita arrulladora y sus pestañas que hacían viento cuando lo miraba, pero una vez que ella lo tomó del brazo para caminar junto a él, sintió en la piel que esa mujer lo incomodaba.

En otra oportunidad conoció a una chica en el cumpleaños de un amigo. La conexión fue instantánea, pasaron conversando toda la noche. Intercambiaron teléfonos. Pasada la euforia de ese momento, él consideró que la diferencia de ingresos y de valores con esa contadora era muy grande. Ella jamás comprendió por qué él nunca devolvió sus llamadas.

Un año se fijó en una de sus alumnas. Se había producido el conocido flechazo entre maestro y discípula. Ella lo seguía con sus ojos por toda la clase y él gozaba de impresionarla con su erudición y su forma cuidada de decir. Era quince años menor que él, pero nadie desconoce que en el amor no hay edad. Comenzaron a circular entre ambos varios mails por día. Al principio todos relacionados con los temas de clase, luego se fueron agregando elementos más personales, en un momento el intercambio se concentró casi exclusivamente en los preceptos de distintas religiones sobre la relación entre varones y mujeres, finalmente... la invitó a cenar.

Ella estaba encantadora, un vestido azul enmarcaba su figura que exhibía unas caderas y unos pechos generosos. Los reflejos de la luz escribían sobre su vestido una adivinanza cuya respuesta era la ropa que llevaba debajo. Él fue con una camisa de mangas cortas y un pantalón elegante; no pasó por su cabeza hacerse el jovencito pero sí quería darle una buena impresión. Estaba

sentado cuando ella llegó. Se levantó y se besaron en la mejilla. Una ola de indefinido calor invadió sus rostros y quedó flotando sobre la mesa.

Fue transcurriendo la cena y la belleza del lugar más el vino fueron creando el espacio para las confidencias. Él le contó que no se había casado, que no tenía problemas con el compromiso pero nunca había encontrado a alguien que lo movilizara lo suficiente para iniciar una vida en pareja. Ella a su vez que su juventud había sido muy solitaria, que sus intereses eran bastantes distintos a los de las amigas y amigos de su edad. Él le confesó que ella era la primera mujer a la que invitaba a cenar. Ella a su vez que nunca había estado íntimamente con un hombre.

Ésta última información hizo sonar una alarma en la mente del profesor. ¿Cómo que virgen a los veintiocho años? ¿No era una joven con experiencia que lo elegía a él como hombre entre otros hombres? ¿Buscaba quizás seguridad en un hombre mayor para iniciarse en la vida sexual? ¿Estaba él en el lugar de un amante o de un padre pervertido?

Cuando caminaban después de la cena, tomados del brazo, y ella se detuvo y lo besó en los labios, él sintió deseos de echarse para atrás. No lo hizo por delicadeza, para no ofenderla, pero tampoco la besó. Ella entendió. Le dio un apretón de manos antes de subir al taxi que la llevaría a su casa. Él quedó inmensamente desanimado.

Luego de esos años y esas experiencias tan frustrantes, abandonó la tarea de “buscar” una mujer. Como siempre, fue muy sincero consigo mismo: el problema no era cómo lo agarraran del brazo, o la posición económica, o la manera en que lo besaran. Lo que le producía pánico, tuvo que confesárselo, era imaginar que en algún momento ellas estarían desnudas frente a él.

La mujer desnuda era lo prohibido desde su más tierna infancia; la desnudez de lo femenino había quedado sin lugar en su mente brillante. Entendía, claro está, que ninguna de esas mujeres era su hermana o su madre, pero en algún sentido sí lo eran. Era la misma sensualidad del origen, del origen de la vida, del origen de su vida.

19

–Doña Adela, ¿usted conoce Alemania? –preguntó Carlos en la visita matinal a la habitación de la anciana. Ella ni lo miró, si su pregunta había producido algún efecto éste había sido disimulado con todo éxito. –Me dijeron que en Berlín hay un hermoso hotel que se llama Mani.

–Mani... mani... mani... mani... –repitió cadenciosamente Adela. Giró levemente la cabeza y miró al doctor. Éste le sonrió. Ella repitió con más dulzura aún–: mani... mani... mani... mani... – Carlos entendió que la palabra había traído a la palabra, pero de Alemania y de Berlín ni una pista.

De regreso en su casa se dio cuenta del error: luego de la guerra Berlín quedó en ruinas, no hubo ningún hotel Mani donde Adela haya podido estar en esos años. Y tampoco tenía noticias de la edad del restaurant italiano de Michigan, con seguridad tampoco existía en ese tiempo. ¿Por qué alguien le pondría Mani a un restaurant de comida italiana en Estados Unidos? ¿Le podría aportar alguna pista? Eso fue más fácil de resolver, Mani quería decir manos en italiano, un restaurant donde se cocina con las manos, comida casera que le decimos. ¿Estaría diciendo Adela algo relacionado con las manos?, ¿las manos de quién?, ¿las de ella?, ¿las manos de su amante alemán?

Esa noche soñó por primera vez con “maní”. Veía a Liza Minelli sacudir sus tetas en el cabaret de Berlín, haciendo sonar las monedas que Joel Grey arrojaba a su escote. Luego entraba en un lujoso hotel en Berlín y se dirigía a la cocina, donde encontraba a Doña Adela amasando unos tallarines con sus manos, mientras el cocinero la miraba extasiado. De a poco dejó de verla enceguecido por una luz blanca que inundaba todo el ambiente que, más adelante, era la sala azulejada de un hospital. Se despertó sobresaltado, por un momento pensó que había tenido un accidente y esa luz era la del quirófano donde lo acaban de operar. Su mujer le preguntó somnolienta:

–¿Estás bien?

–Sí, –le dijo. La abrazó y siguió durmiendo.

## 20

– “Existe un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer”, le hace decir Simone de Beauvoir a Pitágoras en su libro *El segundo sexo*. –Así comenzó el profesor Esteban Cuciarelli su primera clase del año.

Luisa respiró hondo, se acomodó en la no muy cómoda silla de la Facultad de Filosofía y Letras y pensó para sí: *al fin estamos hablando en serio*. Por suerte, ese tipo de noticias las recibía muchos años después de haberse casado, tenidos hijos y, en términos generales, haber cumplido con todo lo que se espera de una mujer en nuestra cultura. *Para venir del caos y las tinieblas me las he arreglado bastante bien*, sonrió para sus adentros.

Esa vez no se animó a hacer ninguna pregunta, aunque los interrogantes daban vueltas en su cabeza y chocaban con las

paredes de otros saberes construidos con anterioridad. Sentía que estaba pasando de un mono ambiente a una casa quinta llena de ventanas; ¡todo lo que habría para mirar a través de ellas!

Era una de las pocas personas que no provenía de la carrera de Historia. El grupo y el profesor le hicieron sentir enseguida que sus comentarios eran bienvenidos, percibió que aportaba desde su formación profesional y también desde su experiencia en la vida. No sólo no se sintió inadecuada sino que, en muchos aspectos, estaba más cómoda que lo que lo había estado en su propia carrera.

Su asistencia a las clases de Cuciarelli no sólo le aportaba formación e información, sino que también le proveían de una importante cuota de emoción. Ella no se sabía explicar bien por qué, aunque contaba con algunas pistas: la voz y la manera de hablar del profesor la trasladaba a algún lugar muy placentero, probablemente de su niñez. Era como tener un papá historiador en vez de un papá contador. Pero se daba cuenta de que esa metáfora era a todas luces inadecuada, entre otras cosas porque Cuciarelli era, probablemente, un par de años menor que ella.

Pero, lo que en definitiva sucedía, cualquiera sea su causa, era que las clases del miércoles de 19 a 23 se habían convertido en el punto más alto de la semana de Luisa. Comenzó expresándose en la lectura minuciosa de la bibliografía, luego siguió con la ampliación de las fuentes consultadas y, de a poco, sin darse cuenta, esa dedicación se fue extendiendo a cosas tan disímiles como el vestido, los perfumes y el peinado. En una ocasión, observándose en el espejo antes de salir para la Facultad, pensó: *si mi marido viera como me preparo, pensaría que tengo un amante.*

Estaba enamorada de la historia de las religiones, le parecía haber entrado a un mundo nuevo donde era posible preguntarse cómo los grupos humanos construían y sustentaban sus creencias. *Al fin y al cabo, todo lo que hacemos las personas tiene más que ver con lo que creemos sobre el mundo que con lo que éste es realmente*, pensó Luisa. Y no hacía falta remontarse a las religiones antiguas para comprobarlo: sólo con detenerse a observar cómo se constituían día a día infinidad de verdades improbables a través de las redes sociales, cualquiera podría llegar a la misma conclusión.

21

Carlos se avergonzó de su precaria investigación. Su mente estaba instalada en Alemania sólo porque google le dijo que había un hotel llamado Mani en Berlín. No estaba mucho mejor que Carmen, por lo menos el Kit Kat Club sí quedaba en el Berlín de Bob Fosse.

¿Por qué no aceptar simplemente que Doña Adela decía esa palabra y ya? Se había cansado de hablar, había gastado las palabras de que disponía para esta vida, algún placer le daba repetir esa expresión, bastaba mirar la dulzura de sus ojos para comprenderlo. Por lo demás, trataba bien a todo el mundo, descansaba y se alimentaba con normalidad. Bueno, que diga “mani” todo lo que quiera.

Revisando una bibliografía médica en internet se le vino a la memoria la abuela siria de doña Adela. Probó con “Siria Mani” y ¡sorpresa! Encontró un lugar de Siria que se llama Al Mani`i o Al Mani`iyah. Lo que apareció fue el pronóstico del tiempo. Mientras en Buenos Aires estaba haciendo 10 grados centígrados en Al Mani`iyah hacía 38. Nada más. ¿De qué lugar de Siria sería la abuela de Adela?

Esa noche volvió a soñar con “mani”. Estaba en un desierto, en medio de una caravana de camellos guiados por hombres que solo decían una palabra: “mani”. Llegaba la noche y se disponían a acampar. Cuando se sentó frente al fuego, toda la caravana y los camellos y el desierto y la noche comenzaron a desaparecer, sólo quedó esa luz blanca que lo cegaba.

22

Al día siguiente pidió a Carmen que llame a la hija de Adela. “No saben de qué lugar de Siria era la abuela”, fue la esperable información que recibió Carlos. Mientras la anciana vivía con calma sus días en Amancay, el médico se hallaba perdido por completo. Sentía el deber, casi compulsivo o sin casi, de dar con el sentido de la expresión. Si hubiera podido diagnosticar la situación nada de esto le sucedería, el caso estaría explicado. Pero sus conocimientos no eran suficientes para comprender el fenómeno. Claramente no era un tic y tampoco un caso de verbigeración –repetición anárquica de palabras– ni de logotomía –repetición de una sílaba de un discurso–. Era sólo una expresión con sentido que nadie, salvo ella, podía comprender.

Pero algo quedaba en pie del conocimiento psiquiátrico: esa repetición tenía algo que ver con un evento del pasado de esa persona. La paciente no parecía dispuesta a colaborar para remontar ese curso en el tiempo. En términos estrictos ni siquiera era una paciente: no expresaba dolor ni pena ni angustia; no era una sufriente, sólo decía “mani”.

Esta vez llamó personalmente a la hija de Adela. Le preguntó si era posible consultar los libros que leía su madre, él podía llegarse hasta su domicilio con ese fin. Ella le dijo que no se tomara la molestia, los libros de su madre no eran muchos ya que

en general luego de leerlos los regalaba. Sólo tenía unos pocos que cada tanto releía y, luego de su internación en Amancay, habían sido colocados en una caja con la que no habían decidido aún qué hacer. Con gusto se los llevaría la próxima vez que la visitara.

23

La conversación con su amante fue breve, podríamos decir amorosamente dolorosa. Él le preguntó si quería tener ese hijo. Ella le dijo que con toda el alma. Él le preguntó por qué. Ella le dijo que porque era hijo de él. La angustia no dejaba salir sus lágrimas, cada uno las lloraba dentro de su corazón. Él sentía palpitations y ella unas náuseas insoportables.

Tener un hijo era un choque definitivo para su relación. Carlos actualizó en un instante la realidad de que él estaba casado, pero no solo eso: lo principal era que él amaba también a su esposa. El género de la relación con Mercedes era de carácter espiritual, aunque se expresara en la pasión de los cuerpos. Esa pasión descansaba en los ideales de seducción, de protección, de reconocimiento de los dos, pero la materialidad de la vida amorosa se desenvolvía entre él y su esposa, esa mujer con la que podía jugar a todos los juegos que se les ocurrieran: con Mercedes sólo podía jugar a la pasión de los cuerpos.

Él lo tuvo claro en el mismo instante en que Mercedes le dio la noticia. Finalmente agregó:

–Está bien, hablaré con mi esposa.

–Es tu decisión.

–... y lo voy a reconocer.

—No —exclamó ella—, no quiero que lo reconozcas. —Él se quedó sin entender.

Mercedes le tuvo que explicar qué significaba vivir en un pueblo tal como vivían sus viejos y como había vivido ella. Para ella era una vergüenza tener ese hijo de su patrón, que estaba casado y que no iba a hacer pareja con ella. Prefería, definitivamente, presentarse embarazada de un romance que no prosperó y listo. No sería ni la primera ni la última madre soltera y criaría ese hijo con todo su orgullo. Y si él quería apoyarla en la crianza, eso lo podía hacer con o sin papeles de paternidad.

Ella hubiera querido sentir odio hacia ese hombre, reprocharle que no tuviera la valentía para hacer una vida con ella, reclamarle que la amara delante de la sociedad de la misma manera incontenible con que la había amado en la cama. Pero no lo podía sentir. Por el contrario, lo que sentía era agradecimiento: él la había deseado y le había dado ese hijo, a ella, a la chica que vino a Buenos Aires desde Mechita. Y ante la separación inminente se dio cuenta de algo más: se dio cuenta de que no lo amaba. Lo había querido como en Hollywood, pero no lo había amado de verdad. Lo importante para ella no era Carlos el hombre, era Carlos la historia, la primera gran historia de su vida.

Para él sería menos complicado sugerirle que abortara, le ahorraría explicaciones con su familia, pero no lo hizo. Con ella se había sentido nuevamente un hombre atractivo, con capacidad de desear, después de muchos años de matrimonio donde la rutina había hecho lo suyo. Ese embrión que crecía dentro de ella era la prueba, era el certificado de que lo había logrado: había logrado volver a la vida.

¿Cómo le explicaría todo eso a la inteligente Luisa, a la amada Luisa, a la psicóloga Luisa? Ya pensaría cómo. En algún lugar interior, que Mercedes quisiera tener su hijo también lo halagaba.

24

Las investigaciones del psiquiatra no lo acercaban en nada al mundo interior de Adela. Las pistas que seguía eran por demás precarias, pero eso no le impedía cumplir con la rutina de visitarla todas las mañanas.

Se equivocaría quien supusiera que esas visitas se debían sólo a su obligación profesional: Carlos se había acostumbrado a la sensación que lo invadía cada vez que estaba con ella. Y la anciana parecía esperarlo para derramar sobre él el perfume de su breve mirada. Era, a todas luces, no sólo un vínculo extraño sino, lo más llamativo de todo, una relación perfectamente complementaria.

–Buenos días, Adela.

Sus ojos lo recompensan con una mirada tierna, sostenida, que le dice: *todo está bien, no te angusties, lo que tienes por delante te lleva a la felicidad.*

–Yo siento que usted está en paz y la admiro...

Ella vuelve su cara hacia la ventana; el parque ilumina su rostro y ella le devuelve esa luz.

–... una paz contagiosa, que llega también a los que la rodeamos.

La anciana no deja de sonreír y eso lo alienta a continuar. Quizás hablando él logre indicios a partir de sus gestos medidos y bellos.

Porque la anciana tiene un repertorio completo de expresiones y, con el tiempo, Carlos también aprenderá a diferenciarlas y, quizás, a comprenderlas.

—Sabe, Adela —le dice en tono de confidencia—, todas las personas sentimos cosas que no queremos compartir con los demás, que son sólo nuestras. —Al doctor le pareció que se ponía más seria, como concentrada. Su expresión ya no envolvía todo el parque.

—Usted ama a sus hijos y ama a sus nietos, pero eso no significa que quiera compartir todo con ellos.

Claro que la estrategia del doctor apelaba, en este caso, a una hipérbole. No es que Adela no compartía todo, la realidad era que no compartía nada, al menos a través del lenguaje y de las actividades habituales.

—Pero a veces —agregó— es necesario compartir algunas cosas para sentirse mejor...

Ella derramó una nueva sonrisa, alada, que lo sobrevoló todo. *Yo no puedo sentirme mejor, parecía decir, tengo en mí todo lo que necesito para ser feliz.*

—... y a veces no es para sentirse mejor uno mismo, sino para hacer sentir mejor a los que nos rodean.

Inmediatamente Carlos sintió que había dicho algo sin sentido. Imaginó que si ella le respondiera podría decirle, no sin razón, algo así como: *si los que te rodean te aman y te ven feliz, ¿qué más necesitan?* De pronto sintió que su expresión era falsamente altruista y que, en verdad, era especialmente egoísta: *esperan de mí cosas que ellos necesitan para ser felices.*

¿Él era sincero con su esposa porque ella lo merecía o para sentirse una buena persona? ¿Era dedicado en su trabajo para que todo funcionara bien o lo que perseguía era ser considerado responsable?

Uno hablaba, la otra escuchaba. Si alguien hubiera observado ese encuentro habría quedado bastante confundido sobre quién era el paciente y quien el terapeuta.

25

Al especialista en religiones no le servía de nada su ciencia para encontrar una mujer elegible. Todas eran Eva la Pecadora o María la Virgen y, en esa clasificación, no quedaba ningún lugar para la pasión. Ninguna fantasía podía abrirse paso hasta la superficie.

Así transitaba Esteban por las calles de la soledad cuando, a la vuelta de una esquina, se topó de lleno, cara a cara, con la mujer que desataría el nudo de su vida. Ella no lo estaba esperando, venía tan distraída como él y, como no era niña exploradora, no sabía tanto de nudos. Sólo se había anotado en su materia porque le parecieron interesantes los temas que abordaba.

En verdad, se trataba de una psicóloga recién recibida. No una chica veinteañera, no. Era una señora que había hecho su carrera universitaria después de criar a sus dos hijos. Su inteligencia, su sensibilidad, la experiencia de la vida que trasuntaba, se clavaron en alguna parte de su ser con la fuerza necesaria para desordenar todo lo que parecía ordenado hasta ese momento.

Su corazón se aceleraba cuando ella entraba al salón de clase y, para su sorpresa, tartamudeaba cuando tenía que responder alguna de sus preguntas. Cuando corregía sus trabajos en el

gabinete, sin que nadie lo viera, olía el papel que habían tocado sus manos.

Esteban nunca había sentido que una mujer era igual o, quizás, más inteligente que él. Eso le resultó muy interesante: no era solo atracción, no era solo sensualidad, había otras cosas para compartir con ella, cosas de las que Esteban sí conocía.

El descontrol se produjo una vez que la facultad estaba cerrada y tuvieron que reunirse en un bar para coordinar los asuntos académicos en marcha. Ella quedó sentada a su lado. Su perfume nubló sus ojos, secó su garganta y lo transportó a alguna región lejana en la que nunca había estado. Se sintió como un personaje de *El perfume* de Patrick Süskind, aunque sin sentir ningún temor por Grenouille.

Desde esa vez, su olor penetraba todo su cuerpo cada noche antes de dormirse. Comprendió que casi toda su actividad diurna era una excusa para llegar hasta ese momento.

## 26

Ya todos sabían que, luego de atender las cosas más urgentes, Carlos visitaba a Adela en su habitación. La razón era clara: la paciente no hablaba y eso hacía inmensamente difícil poder hacer un diagnóstico y ayudarla de alguna manera.

Tampoco pasaba desapercibido para nadie que Adela era una abuela feliz, encerrada en sí misma, sí, pero feliz. No de otra manera se explicaba su permanente sonrisa y la amabilidad con que se relacionaba con todo el personal y con los otros residentes si, en alguna rara ocasión, los cruzaba en el pasillo o en el estar.

Era extraño observarla en los espacios públicos de la residencia, pero a veces sucedía. Caminaba lentamente pero con paso seguro, su sonrisa iba por delante de ella y allanaba cualquier obstáculo. Los propios residentes, cuando la cruzaban, mostraban una actitud reverencial: para ellos estaba claro que Adela era una persona especial. Por alguna razón, no les llamaba la atención que ella no hablara: comprendían su idioma gestual y lo correspondían.

–Buenos días, Adela –la saludó como todas las mañanas el doctor.

Ese día no giró la cabeza para mirarlo, parecía concentrada en alguna región remota pero conocida para ella.

–Nos da mucho gusto verla bien. Quiero que sepa que cualquier cosa que necesite nos lo puede hacer saber. –Hizo una pausa y agregó–: Sólo tiene que decírnoslo.

Carlos percibió una leve rigidez en su mejilla, sus labios se apretaron, el superior invadiendo levemente al inferior y...

–Mani... –fue el desenlace inesperado de esos preparativos–  
mani... mani... mani.

Carlos cerró los ojos y la acompañó en la siguiente serie. No fue algo premeditado, no hacía parte de una estrategia terapéutica, solo ocurrió.

–Mani... mani... mani... mani... –dijeron a dúo, con una excelente coordinación por ser su primera vez juntos. Si Carlos no hubiera tenido los ojos cerrados hubiera visto cómo ella giró la cabeza para mirarlo sin dejar de pronunciar su palabra mágica. Cuando los abrió vio los suyos diciéndole: *al fin nos entendemos.*

La experiencia fue alucinante. El psiquiatra comprendió dos cosas inmediatamente. La primera era de importancia clínica: Adela escuchaba en silencio cuando se le hablaba y cuando se le hacía una pregunta repetía su conocido “mani”. Sólo si se le pedía que dijera algo, sacaba a relucir sus dos sílabas encantadas; en los demás casos era una buena compañera del silencio. *Cuantas personas –pensó Carlos– deberían aprender de Adela el arte de escuchar.*

Su segundo descubrimiento no era de tanta importancia, pero lo alegró mucho; comprendió finalmente por qué la serie de “mani” se componía de cuatro repeticiones: cuatro “mani” era justo la cantidad que entraban en una exhalación. Hizo la prueba mentalmente, respiró hondo y mientras dejaba salir lentamente el aire fue repitiendo en su cabeza mani... mani... mani... mani... Efectivamente, al terminar el cuarto mani ya se le acabó el aire y tuvo que volver a inspirar.

Y quizás no fuera tan insignificante este hallazgo. Muchas filosofías y religiones antiguas habían otorgado suma importancia a la manera de respirar como medio de acceso a la verdad y al equilibrio interior. Actualmente el yoga y otras disciplinas aún conservan parte de esos saberes ancestrales.

–Gracias por la conversación –dijo sin una pizca de ironía el doctor–. Mañana nos vemos.

Su mirada y su sonrisa le dijeron que ese día habían hecho significativos progresos.

Terminaba el ciclo lectivo. Eso significaba que terminaría “la relación” con ella. Esteban comprendió que, en sentido estricto,

seguir viéndola no era necesario. Con “lo vivido” durante ese cuatrimestre podía seguir teniéndola en su vida durante el resto de sus días. Sólo que no quería. La cercanía de su cuerpo generaba en él sensaciones que no había vivido nunca. Pero, ¿qué era lo que quería? Eso no estaba para nada claro. ¿Invitarla a salir? ¿Proponerle que engañe a su marido? ¿Pedirle que se divorcie y haga feliz su miserable vida? Esto también era nuevo: ¿cómo había llegado su vida ordenada y feliz a ser una “miserable vida”?

Su amigo psicoanalista se rio mucho cuando le contó la historia. Puso cara de circunspecto y le dijo:

—Te ha pasado algo grave.

—¿Qué? —preguntó Esteban sin fingida curiosidad.

—Te enamoraste, infeliz. —Y volvió a reír con todas sus ganas—. Tardó pero te pasó. Qué bueno que puedas tener esos sentimientos, te harán crecer y mejorar como persona.

—¿Y pasa así? ¿Vas caminando por la calle o entra una alumna a tu clase y chau?

—Así es, amigo. Nadie se enamora cuando quiere. No le des pelota a los libros de autoayuda. —Allí rieron los dos.

—¿Pero por qué ella? ¿Por qué no la alumna de hace cinco años o la contadora o mi colega?

—Ah, Esteban, sabés tanto de tantas cosas y tan poco de otras —dijo el psicoanalista.

Los amigos volvieron a reír, uno feliz por las cosas buenas que le estaban pasando al otro, y el otro por la felicidad de poder reírse de sí mismo.

–Pero no tiene caso –agregó Esteban, perdiendo momentáneamente su entusiasmo–. Ella es casada.

–Claro, has de ser el único hombre que se enamoró de una mujer casada. Vos, que sabés tanto de historia, fijate, capaz que descubris algún otro caso.

–Hubo una que se llamaba Helena –y volvieron a reír.

Esteban se fue aliviado de la casa de su amigo. No había ido buscando su consejo profesional sino su comprensión, y la había encontrado de sobra. En ese rato le quedó absolutamente claro lo que tenía que hacer, y lo hizo.

## 28

Luisa se sorprendió cuando le llegó el mail de Esteban Cuciarelli pidiéndole que lo vea después de clase en su gabinete. La próxima era la última clase, ya había entregado todos los trabajos, pero le dio gusto pensar en un rato de contacto exclusivo con él. Cuciarelli le parecía una persona maravillosa que combinaba erudición con humildad, profesionalidad con humanidad. Hasta esa forma de tartamudear le daba un aire de profundidad. Cualquier cosa que le quisiera decir, con seguridad era buena noticia.

Las últimas semanas de la materia con Cuciarelli Luisa las vivió con una sensación profunda de duelo. Se acababa algo de lo que disfrutaba mucho y que había traído a su vida nuevos pensamientos y nuevas sensaciones. El día de la última clase

amaneció descompuesta. *¿Qué comí ayer?*, pensó, pero rápidamente se dio cuenta que no tenía que ver con lo que había comido. Cuando se delineó los ojos éstos le picaban y estaban húmedos, como si tuviera una incipiente alergia. Luego de ponerse dos o tres vestidos distintos, finalmente optó por unos pantalones que, aunque le marcaban mucho la cola, ese día le resultaban cómodos.

Por eso, cuando ya todo estaba perdido y el profesor le recordó que lo vea en su gabinete después de clase, algo renació en ella. Era como obtener una vida adicional en un juego donde ya no le quedaban fichas. No sólo que no se le ocurrió nada respecto al motivo de ese pedido, sino que, en verdad, ni siquiera pensó que debiera haber un motivo.

Con ese estado de ánimo desprevenido entró al gabinete de Cuciarelli. El tránsito por los estrechos y oscuros pasillo que la llevaron hasta allí los realizó sin ninguna consciencia; cuando llegó y entró, se sorprendió. *¿De qué?* De estar allí, de la manera en que él miraba los cajones de su escritorio en vez de mirarla a ella, de lo cómoda que se sentía estando con él.

Si lo que ocurrió en los minutos siguientes le hubiera sucedido cuando tenía dieciocho años, con seguridad hubiera saltado por encima del escritorio y se le hubiera colgado del cuello. Pero ya no tenía dieciocho años, en verdad era una señora que había estudiado “de grande” y lo que aconteció estaba fuera de los cien mundos posibles que Luisa podría haber construido si hubiera intentado adivinar el motivo de la entrevista.

Si una amiga de Mechita le hubiera contado que trabajaba en Buenos aires y salía con el dueño de la empresa, que era un

hombre maduro, casado y con hijos, con seguridad la hubiera golpeado, eso sin dejar de tratarla de puta. Pero ella no era su amiga, ella ya ni era de Mechita; sólo era una mujer que recibió caricias que nunca había recibido, palabras que nunca había imaginado, un trato que ningún hombre le había dado. Ese fin de semana en Colonia fue, posiblemente, el mejor de su vida. Allí, según todas las sospechas, engendraron a su hijo. Allí se sintió hermosa y amada. Allí ocurrieron cosas reñidas con la razón.

Pero ahora todo era distinto. No sólo estaba embarazada sino que quería con todo el corazón tener ese hijo, era el hijo de la pasión, de su primera pasión de mujer. La decisión fue rápida: pidió hablar con el médico que la había contratado y le dijo que renunciaba por razones personales.

Pero las cosas no sucedieron como esperaba. En su imaginación sólo hablaría ella, le diría lo que le iba a decir y se despediría. En el mejor de los casos él le diría “lo sentimos mucho, estábamos satisfechos con su trabajo”, o en el peor, “por favor, trabaje un tiempo más hasta que consigamos su reemplazo”, a lo que ella se iba a negar terminantemente.

Pero él no hizo nada de eso, por el contrario sólo preguntó:

—¿Por qué?, ¿cuáles son esos motivos? —Ella no estaba preparada para esa pregunta, lo miró durante unos segundos y... se puso a llorar.

Carlos, de a poco, pudo comenzar a pensar en lo que le había pasado en los últimos meses. Se había vuelto a enamorar, bien, ¿pero podía enamorarse de una mujer estando enamorado de otra? Eso sí que fue una sorpresa para él. Con su esposa habían

hablado en ocasiones sobre la institución cultural de la monogamia, de sus pros y de sus contras. Es posible que en el imaginario de los dos –nunca lo habían conversado explícitamente– hasta fuera aceptable una aventura por parte del otro. Pero tener un hijo... uf, eso era otra cosa.

¿Cómo reaccionaría él si su esposa le dijera: “conocí a un hombre increíble y estoy embarazada”? Y agregara: “quiero tener ese hijo porque es el hijo de una gran pasión”. Sintió de manera nueva el tajo irremediable que separa a varones y mujeres, aún más allá del decorado de fondo de esta sociedad patriarcal.

Con esas cavilaciones llegó a su sesión de la mañana con Adela. Esta seguía siendo un jeroglífico para el psiquiatra, pero ya no era sólo eso. También era una persona a la cual admirar y de la cual aprender. ¿La calma venía sola, con los años, o había que construirla? ¿Adela era el resultado de su edad o de un cuidado trabajo interior? La vida no parecía tener misterios para ella, en cambio, para su médico, seguía siendo una tela por pintar.

–Buenos días, Estela.

La anciana lo miró de un modo nuevo, se podría decir que con cierto aire de picardía.

–Perdone usted, Doña Adela. Es que veo tanta gente que a veces me confundo los nombres. –La anciana no pareció ofendida por el error y él logró comprobar lo que quería: ella escuchaba y entendía perfectamente todo lo que se le decía.

–Sus hijos la visitan todas las semanas –agregó Carlos–. Se ve que la aman y están siempre pendientes de usted.

Adela volvió a mirar el parque. En ese momento pestañeaba más que lo habitual, la referencia a sus hijos había activado algo en su interior. Carlos no pudo evitar pensar en sus propios hijos. Los dos quedaron callados durante un buen rato, parecían disfrutarlo. Adela fue la primera en romper el silencio...

–Mani... mani... mani... mani... –dijo, y siguieron los dos juntos:

–Mani... mani... mani... mani.

Cuatro, cinco, seis veces repitieron los dos pares compuestos de cuatro “mani”. El doctor no llevó la cuenta, pero supo sin ninguna duda cuál era el último. Y sin esfuerzo, sin señales, sin mirarse, callaron los dos a la vez.

## 31

Cuando Luisa entró al gabinete de Cuciarelli serían algo más de las ocho y media. Él estaba sentado detrás de su escritorio. La invitó a sentarse y, casi sin mirarla a la cara, le propuso... que se sumara a su equipo de colaboradores.

Le explicó que había pensado mucho qué tipo de perfil quería para ese puesto y que había sido una bendición –nunca más sonora esa palabra que en la boca del titular de Historia de la Religiones– haberla conocido. Él estaba impresionado por la capacidad analítica que ella había mostrado durante el cursado de la materia y le interesaba dotar de interdisciplinariedad a su equipo de trabajo.

–La historia –sentenció –, no es sólo un tema de historiadores.

Cuando ella le expresó que no tenía ninguna experiencia docente y por lo tanto no contaba ni con antecedentes académicos ni profesionales, la tranquilizó con sólidos argumentos. En algún sentido, en este caso, esa falta de experiencia constituía un punto a favor: quería personas frescas que pudieran pensar más allá del límite que imponían las disciplinas.

Ella se despidió con un abrazo prolongado y un beso en la mejilla.

—Gracias —le dijo una vez más.

Él sintió sus labios y un tenue roce de sus senos. Comprendió inmediatamente que sus fantasías nocturnas se habían visto inmensamente enriquecidas. Al fin y al cabo había sido, después de tantos años, su primer beso deseado.

## 32

Luisa se retiró anonadada, ni en sus más remotas fantasías había circulado la idea de recibir una invitación para sumarse a la cátedra de Historia de las Religiones. ¿Le ofrecían ser Ayudante de Historia de las Religiones? ¿Por quién había llorado? ¿Dónde había quedado el justificado duelo? ¿Se podía resucitar de ese modo tan inesperado?

De todas las cosas que dijo sobre su falta de experiencia, ninguna era cierta. Sentía que ella era la persona adecuada en el momento adecuado; se había tratado sólo de mentirosos actos de modestia.

Estaba feliz, sí, pero no solo feliz, aunque no hubiera podido explicar qué más. Le dijo que le pasara por mail los horarios y requerimientos del trabajo para que pudiera organizarse, pero que en principio contara con ella. Ni preguntó cuánto le pagarían.

Cuando llegó a su casa ya todos habían cenado. No sabía qué lugar ocupaba lo que le estaba pasando respecto a su vida familiar. Esa mamá iba a comenzar una experiencia docente en la Universidad donde sus hijos estaban en edad de ingresar. No era como contar de un trabajo: ningún trabajo provoca tanta euforia. Tampoco existía una manera neutra de relatar lo que la embargaba. Sentía palpitaciones y calor en el pecho por sentirse requerida, deseada –se le escapó esa palabra dentro de su mente–, requerida mejor, convino consigo misma, para una tarea que la colmaba de felicidad.

Tampoco ninguna rutina nueva se agregaría a su vida en las próximas semanas. Luego de las vacaciones de invierno ya conocería el cronograma de actividades y sería el momento de hablar de ello en casa. No había apuro, así que decidió tomarse esa copa de licor que le había servido la vida ella sola. Ya tendría tiempo para contarle al resto una vez que bajara de la nube y sintiera de nuevo sus pies sobre la tierra.

En la cama se abrazó fuertemente a su marido, no como una mujer se abraza a su amante sino como el marinero se aferra a la cadena del ancla en medio de la tormenta. No quería y quería dejarse llevar por las nuevas sensaciones. Si su familia fuera una empresa ya estaría solicitando una licencia sin goce de sueldo. Lo mordió fuerte en la espalda. Él gritó e intentó darse la vuelta, pero ella no se lo permitió.

–Quedate así, necesitaba morder algo.

Rieron, quizás no por el mismo motivo.

Tuvo que disimular el deseo de arrojarse sobre la caja de libros cuando la vio en la recepción, por el contrario, pidió a Carmen que cuando alguien tuviera tiempo se la dejaran en su despacho. Llamó a su esposa a media tarde:

–Cenen sin mí –le dijo –. Tengo que revisar un material y me quedaré en Amancay hasta tarde.

–Si duermo, dame un beso cuando llegues –le pidió ella.

–Si nunca te enterás –rio él.

–Eso es lo que vos creés. –Las bromas retornaban de a poco a la vida de esos dos esposos.

Efectivamente, los libros no eran muchos. El primero en pasar de la caja a las manos de Carlos fue *Robinson Crusoe*, de De Foe; ¡las veces que durante sus siestas de verano había jugado a ser Robinson Crusoe y había vivido toda clase de aventuras en la isla desierta! Le siguió *Tom Sawyer*, de Twain; tenía algún recuerdo de haberlo leído. *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, de Carroll, salió a continuación; le siguió *La piedra lunar*, de Wilkins, en dos tomos; *La montaña mágica*, de Mann, también en dos tomos; el *Martín Fierro*, de Hernández; *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes; *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, primera y segunda parte. Eran todos libros que Carlos había leído o de los que tenía una referencia muy exacta.

Mirando la pila de libros sobre su escritorio pensó en el gusto refinado de Adela por la lectura. Los libros de los que no se había desprendido pertenecían a distintas épocas y géneros, pero todos podían considerarse clásicos dentro del arte. Su mano entró una vez más en la caja y salió con un libro desconocido cuyo título

era *El Avesta*. No se indicaba autor, pero su paratexto permitía identificarlo rápidamente como el libro sagrado del Zoroastrismo.

Sobre zoroastrismo Carlos no tenía casi ninguna idea. Entendía que era una religión antigua, pero no estaba seguro de haberlo sabido antes de tener el libro de Adela en sus manos. El Avesta contenía un prólogo escrito por M. J. Simpson. *Menos mal que no es Homero*, rio para sus adentros. Pero el caso es que tres horas después seguía enfrascado en la lectura de ese prólogo.

Cuando apoyó el libro sobre la mesa su cabeza estaba atiborrada de informaciones que desconocía. Zoroastro era el nombre antiguo transformado por la cultura latina en Zaratustra. ¿Tendría algo que ver con el personaje de la obra homónima de Nietzsche? Sus enseñanzas eran antiquísimas, entre cuatro a cinco mil años. Postulaban que el universo no tenía ni inicio ni fin y había dado lugar a dos principios que gobiernan el mundo: el principio del bien y el principio del mal. Todo lo que ocurre en la naturaleza y en la vida humana es el resultado de la lucha entre estos dos principios. El bien estaba relacionado con la limpieza y la asepsia mientras que el mal con la infección. *¿Cómo puede ser que no conozcamos nada de esto en la facultad de medicina?*, se preguntó Carlos.

Leyendo ese prólogo se enteró que El Avesta está compuesto en verdad por cinco libros. En ellos se enseña a alcanzar el bien a través de una vida sana y se ponen a disposición de los hombres oraciones mágicas para conseguir el favor de los seres superiores. No en vano era una religión de la antigua Persia, patria de los genios encerrados en lámparas y de magos increíbles.

Pensando en todo ello se quedó dormido. Por tercera vez soñó con “mani”. Estaba en un lujoso palacio de arquitectura morisca, con tapices que caían desde el techo hasta el piso. Probablemente

detrás de algunos tapices había puertas, ya que aparecían y desaparecían personas a través de ellos. La sala donde se encontraba era redonda y se escuchaba música en alguna sala contigua. Orientado por los sonidos se dirigió a los tapices de esa parte, con cautela se acercó a uno de ellos y lo corrió un poco para ver qué había detrás. Se sorprendió de ver otra sala similar con mesas distribuidas de manera irregular. Sobre cada mesa había un cuerpo humano que, por su color y rigidez, podía tranquilamente ser un cadáver; parecía una morgue desordenada. Algunas personas caminaban por la sala llevando y trayendo unos cuencos con un líquido amarillo que, cada uno a su turno, vaciaban sobre esos cuerpos.

Como nadie reparaba en él se introdujo en la sala y, ya de cerca, confirmó que los cuerpos sobre las mesas eran, efectivamente, cadáveres. Siguió a una de las personas que se retiraba con el cuenco vacío. Ésta salió por una puerta sin tapiz y se encontró frente a una pileta de grandes dimensiones llena de ese líquido amarillo. El mismo parecía venir por un acueducto o acequia que atravesaba la pared de ese lugar. Se fue acercando a esa pared con la intención de asomarse a una ventana que allí se abría. Cuál no fue su sorpresa al observar que al otro lado, ya fuera del palacio, había una gran cantidad de vacas encerradas en un corral con bebederos a su alrededor. Quedó pasmado al descubrir que ese líquido amarillo era, nada más y nada menos que orina de vaca que, por un ingenioso sistema de declives, se filtraba hasta ingresar a la sala por la acequia.

En su sueño no había olores desagradables, inmensa ventaja de los sueños. Mientras aún estaba asomado a la ventana sintió detrás de sí la palabra: “mani”. Se dio vuelta pero, encandilado por el sol de mediodía del exterior, no vio ya nada.

Ya repuesta de sus primeras emociones, Mercedes se afirmó en la idea de dejar ese trabajo. *Lo que empieza, empieza, y lo que termina, termina*, se dijo para sí. No imaginaba tener que ver todos los días a su ex amante.

Enrique, el otro dueño del geriátrico, aceptó su decisión. Ella nunca habló de quien era el padre de su bebé, desconocía si él lo sabía a través de Carlos. En cualquier caso, se mostró preocupado por su futuro.

–Bien –dijo–. ¿Cuándo seas mamá vas a seguir trabajando?

Mercedes lo miró con cara de ¿y si no qué?

–Sí, doctor. Para eso estudié y además necesito darle lo mejor a mi hijo. No quiero depender de nadie para eso.

–Bueno, entonces me vas a dejar ayudarte a buscar tu nuevo empleo. Lo único que te pido es que trabajes con nosotros hasta tomarte la licencia por maternidad, así podemos cubrirte todos esos meses.

–Gracias –fue lo único que atinó a decir Mercedes.

–Si no que clase de tío soy si no puedo ayudar a la mamá de mi sobrino.

–O sobrina...

Los dos rieron. Mercedes pensó que Enrique era lo más parecido a un hermano que había conocido en su vida. Él recurrió a sus amistades, la recomendó sin necesidad de mentir y, como

resultado de esos contactos, la llamaron de un sanatorio para que ingrese a trabajar después de que diera a luz. Quedaba en la zona de la Facultad de Medicina. Eso no le desagradaba: si algún día retomara su proyecto inicial, podía buscar un departamento lindo para ella y su hijo en esa zona.

Quizás todo lo que le estaba pasando no era su plan, pero era un plan. Y cuando le dijeron que tendría un varón supo, sin saber por qué, que se llamaría Lucas.

### 35

Cuando despertó sintió las incomodidades de dormir en su cómodo sillón. Se masajeó el cuello, apretó fuerte la nuca y miró la hora. Tres de la mañana. Eso estaba totalmente fuera de sus hábitos. Pensó en llamar a su casa para que su mujer no se preocupara. Pero pensándolo un poco mejor, si sonaba el teléfono a esa hora con seguridad sí se preocuparía. Pero si llegaba a despertar y él no estaba allí, también perdería el sosiego. Pero... Marcó el número de su casa.

—Hola.

—Hola, mi amor, no te preocupes. Me quedé leyendo y me dormí.

—¿Dónde estás?

—En Amancay.

—¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana.

—¿Venís?

–No, seguiré leyendo. Te quiero pedir una cosa.

–Decime...

–Cuando te levantes, pasá por Amancay, quiero desayunar con vos.

–Bueno, veo –y colgó el auricular.

No se preocupó por la indefinida respuesta. Sabía que cuando su mujer dormía, dormía. Suspendía los juicios éticos y otros más elementales también, como motivarse con un sabroso desayuno o dejarse tentar por una invitación al amor. Cuando despertaba, entonces sí, allí arrancaba de nuevo la máquina de analizar. En ese momento pensaría en la llamada de las tres de la mañana, evaluaría si le resultaba razonable que su esposo no hubiera ido a dormir a su cama, pensaría probablemente que algo muy importante lo había retenido en su trabajo. De acuerdo a su experiencia, ella se presentaría a desayunar con él. Tenía unas horas todavía para seguir leyendo.

### 36

La mano de Carlos entró por última vez dentro de la caja. El último libro de las lecturas de Adela se llamaba *La religión de lo maniqueos*, escrito por un tal M. C. Grossint. Su título lo sorprendió de entrada, una extraña sensación invadió su cuerpo, como si lo hubiera envuelto una ráfaga de aire caliente entrada por la ventana de su sueño anterior. Se le aceleró el corazón. En las primeras líneas decía que el maniqueísmo debía su nombre a “las enseñanzas de su profeta Man?”. Apoyó el libro y se levantó para buscar un vaso de agua. Ahí sintió el deseo de orinar, fue a su baño privado y regresó con el vaso de agua a medio beber. Sin sentarse tomó el libro y de nuevo leyó: “las enseñanzas de su

profeta Maní”. Dejó el libro y salió al pasillo. ¿Quién estaría a esa hora despierto en Amancay? Llegó a la recepción y encontró al guardia sentado en la silla de Carmen.

–Buenas noches, doctor.

–Buenas noches, Fernando.

–¿Hay alguien más levantado?

–No, pero está la enfermera de guardia. ¿Quiere que la llame?

–No, no, gracias, para saber nomás.

–¿Ya se va? –preguntó el guardia, aunque el aspecto del doctor indicaba que no iría a ninguna parte.

–No, tengo que terminar de leer unas cosas. ¿Hay café hecho?

–No, pero ya pongo a hacer.

–Gracias, avíseme cuando esté listo que vengo a buscarlo.

Regresó a su despacho pero no cerró la puerta. Quería estar solo pero no aislado. La vista del pasillo de Amancay le resultaba un ancla para volver a su vida, por si los acontecimientos en su despacho lo llevaban en otra dirección. Estiró los brazos, elongó los músculos de la espalda y se masajeó los hombros, primero el izquierdo con la mano derecha y luego el derecho con la mano izquierda. Incluyó la cabeza hacia adelante: dijo muchos “sí” y muchos “no” con los ojos cerrados. Luego la irguió lentamente y se frotó los ojos. Volvió a abrirlos y se sentó nuevamente.

“El maniqueísmo debe su nombre a las enseñanzas de su profeta Mani?”. ¿Podría haber dado en el clavo? Los sacerdotes de Persia, la abuela siria, Mani, Adela, ¿todo eso tendría alguna relación? Fue una de las pocas veces en que Carlos maldijo al tiempo, no al tiempo de la vida ni al tiempo físico ni al tiempo metafísico, sino al tiempo que le iba a tomar leer sobre la religión Maniquea. Necesitaba saber ya todo lo referido a Mani.

Para su sorpresa, Carlos descubrió que Mani se consideraba a sí mismo como el que resumía las enseñanzas de los grandes profetas anteriores: Zoroastro, Buda, Jesús, entre otros. Él también era un profeta enviado por Dios para ayudar a la humanidad a comprender su pasado, su presente y su devenir. Probablemente nacido alrededor del año 216, murió trágicamente, crucificado, en el año 277. La explicación del mundo que proponía era de lo más sencilla: éste estaba sometido a dos fuerzas eternas: la luz y la oscuridad. Ninguna podría vencer a la otra nunca, sólo el hombre tenía la posibilidad de vivir de una manera que lo llevara a alcanzar definitivamente la luz. Esa posibilidad no era, en verdad, un triunfo del bien, era solo un escape exitoso de las tinieblas.

Entró Fernando con una taza de café.

—Le dejo el azúcar, después la vengo a buscar.

—Gracias, Fernando.

—De nada, Doctor. Cualquier cosa que necesite me llama.

—Gracias.

El café se fue enfriando en la taza mientras él retomó la lectura. Un rato después lo probó con el borde de los labios, estaba helado, ya no lo tomaría. Volvió a enfrascarse en el libro.

Carlos siempre había creído, sin haberlo pensado mucho, que lo maniqueo era algo malo. Si hubiera tenido que expresarlo en palabras antes de mirar este libro, hubiera dicho que lo maniqueo era ver todo blanco o negro, sin grises. La vida no es blanco o negro, es una gama de colores intermedios. Pero, ¿qué tenía que ver esa idea peyorativa de lo maniqueo con lo que estaba leyendo?

Por el contrario, acababa de comprender que estas ideas resolvían muchos problemas de las religiones actuales. ¿Cómo podía ser que un Dios todopoderoso y bueno permitiera que existiera el mal? O no era todopoderoso o no era bueno. Pero Mani explicaba que el mal no era producto de Dios, sino de las tinieblas, que existían, igual que Dios, desde siempre.

Necesitaba hablar urgente con Esteban, su amigo, que era un especialista en religiones antiguas. Él podría orientarlo. De otra manera le llevaría meses leer y entender esa para él nueva religión y, sencillamente, no tenía ese tiempo. Miró el reloj de pared, marcaba las cinco y cinco de la mañana. No, claro que a esa hora no lo podía llamar a Esteban. Se volvió a levantar. Llevó la taza con el café frío y la dejó en la cocina. La cafetera eléctrica estaba prendida. Se volvió a servir en otra taza y esta vez sí le agregó azúcar y lo bebió con deleite.

Carlos ya no estaba para pasar toda una noche sin dormir. Le dejó una nota a Carmen que decía: “Llámeme cuando llegue mi mujer. Estoy descansando en mi despacho”. Se recostó en el sofá e inmediatamente quedó dormido. Esta vez no soñó nada.

Cuciarelli eligió para el programa del año siguiente el título: *El celibato como virtud*. Luisa no podía sospechar las implicancias del tema, ni el mismo Cuciarelli hubiera podido explicar si esa elección era casual o parte de los procesos espirituales que estaba atravesando.

La primera reunión se realizó en el gabinete. El llamado “gabinete” en realidad era un cubículo armado con aluminio y durlock. El pequeño escritorio del profesor, una mesita ocupada por la impresora y cuatro sillas agotaban todo el espacio disponible. Por eso Luisa se alegró al enterarse que las reuniones de trabajo se realizarían casi siempre en el domicilio de Cuciarelli. Los demás ayudantes ya estaban acostumbrados a esa rutina y la valoraban: además de contar con un espacio de trabajo mucho más cómodo y acogedor, el titular contaba con una gran cantidad de material de consulta que evitaba largos recorridos por las bibliotecas.

En esa reunión se distribuyeron la bibliografía a analizar. El objetivo era comprender en qué condiciones de la cultura y de la historia de las ideas surgió, en distintas religiones, el precepto de que el celibato era el estado ideal para acercarse a Dios. ¿Sería suficiente la explicación marxista de que la falta de descendencia del clero aseguraba mantener los bienes dentro de la iglesia, eliminando a incómodos herederos? Así, pasarían revista a las historias de anacoretas, ermitaños y otros solitarios. Analizarían los casos donde el celibato es requisito para ejercer funciones directivas del culto. Se detendrían en especial en el maniqueísmo, que prohibía expresamente el casamiento para sus elegidos, aunque no tuvieran ninguna jerarquía religiosa. Tratarían las posiciones de los sacerdotes en el antiguo Egipto y de los

filósofos en la Grecia clásica. Extenderían su investigación a otras religiones orientales y africanas sobre las que había bibliografía confiable.

Luisa se sentía como la ingresante a una nueva secta. Si le hubieran exigido un juramento, aunque fuera en una lengua desconocida, ella hubiera comprometido su lealtad aun sin haber comprendido palabra. Su actitud reverencial y expectante fue, sin embargo, reemplazada rápidamente por una actitud práctica: el plan de trabajo que proponía Cuciarelli era realmente muy exigente.

En la cátedra eran cuatro en total y, si bien tenían por delante varios meses de trabajo, parecía una tarea titánica poder agotar todas esas lecturas, hacer las fichas correspondientes y debatirlas en el equipo. Quedó claro que la dedicación de los otros dos ayudantes era bastante limitada, que Cuciarelli realizaría la mayor parte del trabajo y que contaba con ella para que lo apoye en esa tarea. A la reunión semanal de los cuatro, Esteban y Luisa agregaron dos reuniones más entre ellos para revisar juntos los textos y producir los resúmenes necesarios.

¿Cómo sería trabajar con una eminencia –ya que para ella Esteban lo era- tres veces a la semana? ¿Se sentiría inadecuada? ¿Podría cumplir con las expectativas depositadas en ella? Todos esos eran relámpagos que pasaban por su mente durante la reunión, pero la fuerza del entusiasmo aseguraba el buen tiempo.

En la realidad, la incorporación de Luisa aportó una visión disciplinar diferente y también su mirada de mujer enriqueció el debate de la cátedra. Podía ser durante la misma discusión la Doncella de Orleans, La Papesa Juana o Simone de Beauvoir. Quemada por hereje o santificada, llevando a la plenitud la lógica masculina o postulando la existencia de lo femenino, sus

comentarios e interpretaciones de los textos nunca eran anecdóticos.

38

Para Esteban esos dos días, los de las reuniones a solas con Luisa, constituían la cumbre de su relación con lo femenino. Siempre disponía del mejor café y de té sencillos y sofisticados. La panadera sabía que los martes y viernes él llevaría masas especialmente delicadas, cambiando sus elecciones como para no aburrirse. Esos días, el portero del edificio le abría regularmente la puerta a Luisa a las tres de la tarde, ejerciendo su oficio que lo obligaba a saber sin preguntar.

Dentro del departamento se llevaba a cabo una frenética actividad intelectual y crecía la familiaridad entre ambos. Luisa ya se tomaba la libertad de apoyarse en su espalda para leer el mismo texto sobre su hombro. La primera vez que lo hizo Esteban sintió su cuerpo invadido por un calor que desconocía. En ocasiones compartían la misma silla para leer algo en la computadora. Su aliento se les había hecho familiar. Sus pequeños gustos para la merienda lo sabían uno del otro de memoria.

En las noches de Esteban se había agregado ahora el olor real de ella que quedaba impregnado en todo el departamento. A veces despertaba por la noche y creía ver su sombra pasando por los pies de su cama. En alguna ocasión se despertó sobresaltado creyendo sentir el ruido de la ducha. Comprendía que tenía que tomar una decisión, con los riesgos que toda decisión implica.

La primera opción no era mala. Consistía en disponerse a disfrutar del contacto con ella tal cual se había establecido en esa relación profesional no exenta de amistad. La segunda era ir por más, consistía en penetrar en lo femenino como nunca había

querido hacerlo. Ni el fantasma de Luisa desnuda ya lo detenía, hubiera podido sumergirse y fundirse con él, tal era el estado de su sensibilidad.

39

En algún momento Carlos escuchó voces en el pasillo, ya Amancay estaba en movimiento. Miró el reloj, casi las once de la mañana; no tuvo fuerzas para levantarse de un salto, lo que hubiera imitado el salto que le dio su corazón al darse cuenta de varias cosas simultáneamente: que no había hecho la visita matinal a Adela, que había faltado a la clínica psiquiátrica donde tenía pacientes citados desde las 10 de la mañana y, lo que también era sorpresivo, su esposa no había pasado a desayunar con él. ¿O quizás había venido y no quiso interrumpir su descanso?

“Si doctor, vi su nota... No doctor, no vino su esposa... Bien, doctor, aviso a la clínica que usted no va a ir hoy”.

La voz de Carmen dejó de sonar en el intercomunicador. Se miró en el espejo de su baño privado, su aspecto no era precisamente bueno: adormilado, despeinado, con la ropa desarreglada. Por primera vez justificó al arquitecto que había hecho el baño de su despacho con una ducha, pidió un juego de toallas a la mucama y se dio un baño. Se lavó el pelo con jabón de manos, no recordaba cuando había hecho eso por última vez, quizás de niño. Siempre el champú había estado disponible, como el dentífrico y el desodorante. Tampoco había desodorante, se conformó con unos toques de perfume sobre la ropa usada que se volvió a poner.

Para Luisa hacía tiempo que Cuciarelli había pasado a ser Esteban y el “titular de cátedra” un colega y amigo. Ella, en verdad, nunca había sentido distancia respecto a él, pero ahora que trabajaban juntos durante varias horas semanales la confianza había crecido. Eso no sólo era grato humanamente, también era muy productivo profesionalmente. Ya tenían una serie de códigos comunes que les permitía entenderse entre sí y, en muchas ocasiones, saber aproximadamente lo que pensaba el otro.

Recorriendo el bosque de la relación de trabajo con Esteban, Luisa descubrió que detrás de esos frondosos juegos intelectuales llenos de flores y de espinas, había un estrecho puente que llevaba de la admiración al deseo. Por alguna razón había permanecido oculto todo este tiempo, pero descubierto, ella sintió la necesidad de cruzarlo.

Claro que de entrada dudó. Es conocida la ambigüedad que muchas veces rodea la relación entre un hombre y una mujer, así que no quiso ser presa de ese espejismo. También sabía, por algunas confidencias que él le había compartido, que la vida de Esteban no había sido muy generosa en cuanto a la concreción de deseos con una mujer. En fin, que ella fue en secreto muchas veces hasta ese lugar a meditar sobre sus propios sentimientos, tanteó con la punta del pie para ver si era sólo una ilusión y, al encontrarse con algo realmente sólido, sintió cómo esa sensación subía por sus piernas y se instalaba en su vientre.

Era la primera vez en muchos años que se sentía atraída por un hombre que no era Carlos. No en el sentido de que alguien le pareciera guapo o sensual o apetecible, sino de una manera mucho más concreta: lo necesitaba junto a sí, dentro de sí. ¿Qué parte de ese deseo tenía que ver con la necesidad de

autoafirmación? ¿Qué parte se relacionaba con un matrimonio de muchos años donde el amor dormía en la misma cama que la rutina? Luisa estaba dispuesta a pensar seriamente en todas esas cosas cuando estuviera del otro lado del puente.

41

La relación con Esteban era tan cómoda que lo único que hacía falta era recorrer la distancia entre los cuerpos para encontrarse con el otro, al menos así lo pensó ella y puso manos a la obra. Empezó a sentarse a su lado para mirar juntos algo en la computadora y sus mejillas quedaban a escasísima distancia. Cuando él se quejaba de dolor en las cervicales, ella se levantaba, se paraba a sus espaldas y le hacía masajes en sus hombros y en su cuello. Lo acompañaba a preparar el té y esa diminuta cocina inauguraba una fiesta de cercanía.

En algún momento empezó a comprender que era inútil cruzar el puente si no había nadie del otro lado. Si él hubiera sostenido su mirada por más de cinco segundos ella lo hubiera abrazado tiernamente pegándose a su cuerpo, si hubiera alargado un sí un instante mayor de lo necesario lo hubiera besado en sus labios entreabiertos, si se hubiera referido a su perfume lo hubiera invitado a olerla toda, si le hubiera dicho que le gustaba su ropa le hubiera informado que debajo tenía otra aún más linda. Pero nada de eso sucedió.

Ella desplegó sus intentos de seducción a conciencia, hasta que finalmente se rindió. Cuando cruzó sus piernas enfundadas en medias estampadas de cocot, acomodó los pliegues del vestido algo arriba de las rodillas y él no levantó la vista del libro en que estaba concentrado, lo invitó a cenar a su casa para el próximo sábado: quería presentarle a su marido.

Ya llevaban un año trabajando juntos. Mientras ella le hablaba a Esteban, él la escuchaba con atención. Su mirada iba de sus manos a las de ella, de allí subía hasta su mentón y su boca, fugazmente se cruzaba con sus ojos, buscando indicios para tomar una decisión. Le parecía que ya era su mujer, que sólo debía tomarla de los hombros, besarla y hacerla suya. No imaginaba ningún tipo de resistencia de parte de ella, es más, su piel sentía que la piel de ella lo llamaba silenciosa pero firmemente.

Todo eso sucedía mientras él la escuchaba. Pero algo totalmente distinto pasaba cuando él se escuchaba hablándole a ella. Cierta tono erudito en su voz lo devolvía a la realidad: ella era su Ayudante y abordar a esa mujer solo podía llevar al final de esa relación tan placentera. Ella le diría, con razón, que se ubique y no confunda la relación de trabajo con la relación personal. Sería un total desastre en su existencia.

Todo se clarificó poco tiempo después: ella lo invitó a cenar a su casa. Le dijo que habían charlado mucho con su marido acerca de él, que ella le contó de la admiración que le tenía como profesor y como persona, y que querían agradecerle su generosidad por el espacio que le había brindado a ella en su cátedra. Claramente fue un límite. Iba a conocer al hombre que amaba la mujer que él amaba. No era ni siquiera un triángulo amoroso, parecía más bien una recta que miraría eternamente a su paralela sin tocarla nunca.

El marido de Luisa resultó ser un médico psiquiatra encantador, lleno de preocupaciones humanas, en especial respecto de los más viejos. Le preguntó con insistencia a Esteban cómo distintas culturas trataban a sus ancianos y lo escuchó con suma atención. Le contó que dirigía un lugar destinado a mejorar la vida de los

abuelos y que siempre bromeaba con los empleados diciéndoles: “un abuelo es casi una persona”. Todos reían pero comprendían la sencilla filosofía de respeto que quería inculcarles.

43

Luisa se sorprendió sirviendo la cena a sus dos hombres. No tenía dudas de que los deseaba a ambos. El fracaso con Esteban la había dejado triste, pero no quería que esa hermosa persona se fuera de su vida. La amistad con su marido era una estratagema, lo entendía, aunque eso no le impedía reírse mientras se imaginaba con los dos en la misma cama.

Los dejó de sobremesa mientras recogía los platos y los cubiertos. Al rato se sentó en el sillón y se puso a mirarlos a través de su copa de vino. Ellos conversaban, entusiasmados, sin reparar en ella.

Cuando Esteban se fue a su casa había alcanzado una honda comprensión de la diferencia entre desear y tener, y se felicitó por no haber expuesto una conducta impropia con Luisa. Algo de razón tenían las religiones en desconfiar de la atracción sexual.

La cena en casa de Luisa se hizo casi un rito mensual. Ella lo convocaba y su marido lo recibía siempre como a un buen amigo. Esos encuentros también pasaron a formar parte de su sistema secreto de placer.

44

Era un día normal en el geriátrico. Mercedes pensaba cuántos días más iba a trabajar, ya había entrado en el último mes de embarazo. Su bebé era un acontecimiento, todos los compañeros y compañeras de trabajo se habían auto designado tíos, abuelos y

otros cargos honoríficos en relación al próximo a nacer. Cuando estaban con ella, sólo se hablaba de Lucas. Posiblemente el ser hijo de “un amor frustrado” aumentaba los sentimientos de protección que todos tenían hacia ella y su futuro hijo.

Carmen entró en un estado de frenética actividad cuando conoció la noticia: se sintió y se comportó como una abuela primeriza. El recuerdo de su hija, que ya no estaba, fue el suelo fértil donde creció el amor por ese bebé. Dio vuelta la página y, sin olvidar el resto del cuento, se decidió a ser la abuela que no había podido ser.

En pocos días llegaría su madre para ayudarla. Los viejos, con seguridad, hubieran deseado que la historia fuera de otra manera, pero era así y lo tomaron con una sana filosofía: *más vale sola que mal acompañada*. Y era su primer nieto; tuvieron la lucidez de decidirse a disfrutarlo.

La mujer entró al gabinete de enfermería y cerró la puerta tras de sí.

–¿Mercedes? –preguntó.

–¿Sí?

–Soy la esposa de Carlos. –La presentación hubiera sido innecesaria; aunque nunca la había visto se dio cuenta inmediatamente que era ella. Mercedes bajó la vista y no lo pensó, sólo lo dijo:

–Discúlpeme. –Se hizo un silencio.

–Me llamo Luisa y quería conocerte, y decirte muchas cosas.

–Tiene derecho, dígame las.

–No, no quiero reprocharte nada. Al único que tengo que perdonar es a mi marido, y ya lo hice. A vos no. A vos tengo que admirarte. –Mercedes lentamente comenzó a levantar la cabeza–. ¿Sabés? –continuó Luisa–, tiempo atrás viví una situación similar a la que vivió Carlos, eso me ayudó a comprenderlo. Solo que no tuve suerte como él, no la pude concretar.

–Lo siento –dijo Mercedes con un hilo de voz.

–No tengo veinticinco años o el hombre del que me enamoré no estaba en su momento para vivir esa historia, no sé. Pero no vine a hablar de eso. Quiero decirte –y la miró a los ojos– dos cosas, e intentaré no llorar.

Mercedes se sintió, de pronto, protegida por esa mujer.

–Primera, quiero desearte que tu bebé nazca con felicidad. –La que ahí no pudo contener las lágrimas fue Mercedes.

–Gracias, señora.

–Decime Luisa.

–Luisa, le quiero decir que no volveré a trabajar a Amancay después de dar a luz. No es cómodo para mí ni para nadie.

Ella ya lo sabía, pero le impresionó la firmeza con que Mercedes lo dijo. *Esta chica está bien puesta en el mundo*, pensó para sí, y eso le hizo sentir una corriente de simpatía hacia ella. Terminaba para Luisa un complejo debate interno: por su manera de ver la vida le repugnaba que una mujer debiera dejar su trabajo por un romance, pero imaginarse a su esposo viéndose todos los días con

su ex amante de veinticinco años era superior a su capacidad de tolerancia.

Mercedes la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Y la segunda?

—Ah, sí, la segunda... no sé cómo vamos a hacer con esto, pero tu bebé va a ser hermano de mis hijos. Ellos no saben nada aún. No sabemos qué tenemos que hacer, pero no quisiéramos cargar con ese secreto. Esperamos poder charlar de esto con vos después que todo pase.

—Carlos me dijo que él quiere ser su padrino, pero yo no quiero.

—Me parece bien que no quieras, porque el caso es que es su padre.

Luisa miró su panza.

—¿Puedo? —preguntó tímidamente. Mercedes dijo que sí con la cabeza. Ella apoyó la mano en su vientre y las lágrimas salieron sin su permiso. No se sabe bien cómo esas dos mujeres, que por las circunstancias bien podrían odiarse, terminaron abrazadas.

La esposa del médico entró al baño del gabinete de enfermería para lavarse la cara. La enfermera salió rápidamente para atender el llamado de uno de los cuartos. Cuando Luisa salió del baño ella ya no estaba. Cuando Mercedes regresó al gabinete ella ya no estaba.

Bañado y peinado, Carlos fue recuperando la confianza en sí mismo o, al menos, la apariencia de ella. Ahora sí era hora de llamarlo a Esteban, quizás aún estuviera en su casa, sabía que daba clases en la universidad por la tarde. Esteban era, en realidad, amigo de su esposa. A través de ella lo había conocido, pero se estableció rápidamente una corriente de simpatía entre ellos, al punto que por lo menos una vez al mes cenaba en su casa. Por lo demás, Esteban era muy reservado y vivía solo. No había tenido hijos y no le habían conocido parejas. Su esposa, cada tanto, se sentía obligada a asegurar que su amigo no era homosexual, cosa que a él nunca se le había pasado por la cabeza. Sólo que –agregaba ella– elegía la vida solitaria.

Efectivamente Esteban respondió en su teléfono fijo. Necesitó pocas explicaciones para invitarlo a almorzar a las 13 horas en La Academia de la Pizza.

Al día ya no le faltaban más motivos de asombro, o al menos así lo creyó Carmen. El vigilador le informó que Carlos había pasado la noche leyendo en el geriátrico, la nota que le dejó el doctor la hizo estar atenta a la llegada de su esposa que nunca apareció, al escuchar su voz en el contestador no tuvo dudas de que el psiquiatra había sabido tener días mejores.

Cuando levantó la vista, como lo hacía cada vez que sonaba el ding-dong de la puerta del ascensor, y vio salir a Doña Adela, recordó lo que siempre decía su abuela: “las sorpresas nunca vienen solas”. Su primer gesto, instintivo, de ayudar a la anciana, se reveló como innecesario: ésta, con pasos cortos y firmes, dobló hacia la derecha y entró al despacho de Carlos.

Él sintió el roce de sus pies, o quizás de su ropa. La dueña de los libros pasó junto a ellos sin darse cuenta, estaban nuevamente en la caja en que habían venido. Carlos se apresuró a ofrecerle su propia silla, con apoyabrazos y respaldo alto. Él se sentó en uno de los sillones individuales, quedando así un poco más bajo que ella.

Ninguno de los dos expresó sorpresa, al fin y al cabo estaban – con algo de retraso– recuperando la sesión de todas las mañanas.

–¿Cómo se encuentra hoy, Adela?

Ella lo miró a los ojos y le sonrió de una manera nueva. A la bondad habitual se sumó ahora un gesto afirmativo. El sintió que con su expresión le dijo: *ya lo sabes todo*. Y, sí, ya lo sabía todo: antes de poder sentir que el hijo que iba a tener con Mercedes era un problema, ya había comenzado a amarlo. Nunca pudo arrepentirse, sentirse culpable, pensar que había hecho algo incorrecto; cada vez que pensaba en Mercedes y en su hijo lo único que sentía era alegría.

El criminal que no se arrepiente desata todo el rigor del jurado. Así se sintió Carlos todos esos meses, como el reo más indeseable. Hubiera querido pedir perdón, decir que sentía pena por el daño producido, afirmar que no sabía cómo le había ocurrido eso; pero nada de eso hubiera sido cierto, y no lo dijo. Luisa lo comprendió de entrada: un médico y una enfermera no podían haber fracasado de esa manera en su intento anticonceptivo, sencillamente había ocurrido otra cosa.

Al igual que Adela, no había cumplido con las expectativas de los demás. Por razones diferentes, ninguno había podido hacer lo que se esperaba de ellos. ¿Madre cariñosa y abuela dedicada a sus nietos? ¿Padre amoroso y esposo ejemplar? Eso sólo aparece en

los avisos fúnebres, en la vida real no todo lo que hacemos para ser felices hace felices a todos.

*Ya lo sabes todo*, le seguía diciendo Adela en su lenguaje mudo. Comprendió, finalmente, que la paz interior nace de sentirse bien con la verdad de uno mismo.

Se miraron largo rato. Esta vez no hizo falta mantra balsámico. Ella sólo se puso de pie y se acercó al doctor que permanecía sentado. Levantó sus manos con delicadeza, como un director pidiéndole a la orquesta que toque un pianísimo, y depositó ambas palmas sobre su cabeza. Él cerró sus ojos y, en unos breves segundos, la sonrisa de Adela se había trasladado a su rostro.

*Ya lo sabes todo*, se fue diciendo Adela con el roce de sus pies, o de su ropa.

#### 47

A Esteban lo sorprendió la llamada del esposo de Luisa, nunca se había comunicado con él directamente. También llamó su atención el repentino interés de Carlos en saber sobre el maniqueísmo, pero le resultó aceptable la explicación que lo vinculaba al caso de una paciente para la que, posiblemente, esas ideas tenían un valor relevante en su sistema de creencias, al punto de condicionar diversos aspectos de su actividad psíquica.

La primera sensación fue la de estar en falta, lo llamaba el marido de la mujer que él deseaba y en la que pensaba todas las noches. Nada de eso se traslució en la conversación, sólo lo estaba invitando a almorzar para hacerle una consulta sobre religiones antiguas.

Pero la sensación de culpa le había gustado, era como la comprobación de que él había hecho algo, a diferencia de lo que mostraba la realidad, para acercarse a una mujer. Es muy triste ser un delincuente que no ha cometido ningún delito. Luisa estaba en ese momento conectada por skype y le preguntó si sabía que su marido lo había llamado. No lo sabía. Le dijo que iba a almorzar con él. Ella solo agregó dos palabras: “qué bien”.

Sintió que había llegado a la encrucijada de su vida. De alguna manera se olvidó del motivo que adujo el psiquiatra al invitarlo. Eligió pensar que quizás el marido de Luisa había visto algo en su mirada y quería confrontarlo, quizás estaba atravesando un momento de dificultades en su pareja y quería conocer la opinión del amigo de su esposa, quizás le quería confesar que su esposa lo nombraba mientras dormía. Sea lo que sea, se sintió dispuesto a decir la verdad; la que nunca había podido decirle a una mujer quizás se la pudiera decir a un varón, aunque éste fuera el esposo de la única que le había importado como mujer.

En el almuerzo se habló de religiones antiguas. Una vez más, Esteban Cuciarelli se felicitó por haber ocultado sus sentimientos.

## 48

El profesor de historia le confirmó que había comprendido bien algunos aspectos de la doctrina maniquea: el Padre de la Grandeza era el principio del bien mientras que el Príncipe de las Tinieblas representaba al mal. El bien era la luz, como ya bien había explicado Platón, mientras que el mal era la oscuridad. El camino a recorrer para el hombre era llegar de las tinieblas a la luz, como escribiera el ex maniqueo San Agustín en su *Civitas Dei*, el camino desde Babilonia hasta la Ciudad de Dios.

Buda, Platón, Moisés, Jesús, todos eran enviados de Dios para ayudar a los hombres en ese tránsito.

—¿Y Zoroastro? —preguntó Carlos.

—Él también. Quizás fue el primer enviado, o el primero del que tenemos noticias.

La moza llevó a la mesa dos ensaladas tropicales, donde predominaban la manzana, el ananá, el apio y los palmitos, solo que Esteban la pidió sin jamón. Se sirvieron agua mineral y condimentaron su comida; oliva, aceto y sal para Carlos y maíz y limón para Esteban.

—¿Quién hizo al hombre? —preguntó de pronto Carlos.

—El Padre de la Grandeza hizo la parte espiritual del hombre, pero el Príncipe de las Tinieblas le agregó un cuerpo a ese espíritu. Por eso en el hombre, como en el resto del universo, la lucha entre esos dos principios no tiene fin.

—¿Por qué lo crucificaron a Mani?

—¿Eso leíste? No es exacto. Mani muere en una cárcel, sus seguidores llamaron a esa muerte crucifixión alegóricamente, para rescatar el aspecto cristiano de sus enseñanzas.

—¿Mani tuvo algo que ver con Siria?

—Bueno, Mani probablemente predicó en Siria o, al menos, algunos de sus discípulos. Pero sus enseñanzas tuvieron importancia en Siria hasta hace pocos siglos, la Iglesia Cristiana Siríaca era maniquea.

–¿Y por qué nada de eso se sabe?

–Ja, ja, estás un poco desinformado sobre cómo funciona el mundo.

Carlos le contó en breves palabras la situación de Adela. A Esteban le interesó muchísimo la historia y le preguntó si comía carne. No comía carne, lo recordaba porque la nutricionista tuvo que reordenar la dieta de Adela ante la información proporcionada por las mucamas.

–Los maniqueos no comen carne.

–¿Ninguna carne?

–Ninguna.

–O sea, son vegetarianos.

–Exacto.

–Comer carne es pecado, y casarse está permitido solo para algunos.

–¿Cómo es eso?

–Los maniqueos se dividían en “elegidos” y “oyentes”. Los “electi”, que así se llamaban en latín, no podían tampoco casarse ni tener sexo.

–Una especie de casta sacerdotal.

–No exactamente. Ellos tenían una jerarquía que iniciaba en Mani, luego le seguían doce apóstoles, debajo de estos había 72

obispos y más abajo 360 presbíteros. Recién luego venían los elegidos.

–Hasta los presbíteros, muy parecido a la iglesia.

–Sí, con la diferencia que una vez muerto Mani no se volvió a ocupar el primer lugar, quedó vacío.

–O sea, no tienen Papa.

–Exacto.

Así se enteró de que los elegidos tampoco trabajan y son servidos por los oyentes. Éstos le llevan comida, vestidos y todo lo que necesitan para que se dediquen a la oración. Cuando acaban su vida los elegidos se transforman en luz, regresando así al principio del bien. Los oyentes atienden a los elegidos esperando en su próxima vida encarnar como elegidos. Los pecadores regresan al principio de las tinieblas, “no resucitarán sanos y salvos” como dicen los textos maniqueos.

–Y una persona que se casó y tuvo hijos, ¿puede luego ser un elegido en caso de cambiar su manera de vida?

–No estoy tan seguro de eso, pensaría que no. ¿Pero por qué la pregunta?

–No sé, por un momento pensé que quizás mi paciente estaba justamente en ese lugar, en el lugar de un *electi*. ¿Así se decía, no?

–Sí. Pero bueno, vos sabrás por tu profesión que una cosa es lo que ocurre y otra lo que la gente cree. Tu paciente no podría ser

una *electi*, es más, no estoy muy seguro de que una mujer pudiera serlo. Pero, ¿y si ella cree que lo es?

A Carlos le resultaba fascinante lo que estaba descubriendo. Esteban le dijo que en otra oportunidad, con más tiempo, le hablaría de los tres sellos de los maniqueos.

—¿Cómo funciona el mundo?

—¿En qué aspecto?

—Me dijiste hace un momento que yo no tengo idea de cómo funciona el mundo.

—Ah, sí —rió Esteban—. Mirá, las cosas que en la historia aparecen enfrentadas no siempre son tan distintas entre sí.

—¿Cómo es eso?

—Por ejemplo, Mani se llamaba a sí mismo “apóstol de Jesucristo”, pero los Padres de la Iglesia renegaron de él y lo denostaron.

—O sea, no querían competencia.

—Algo así. Un Dios bueno que podría derrotar al mal parecía más adecuado a la autoridad imperial que una realidad oscilante entre dos principios eternos cuyo enfrentamiento nunca se resolvería.

—¿Y Mani como termina preso?

—Bueno, ahí tenés otro ejemplo. Es posible que hayan sido magos de la religión de Zoroastro, del que Mani toma muchas cosas, los

que lo hayan denunciado ante Baharam I acusándolo de herejía religiosa o intentos revolucionarios.

Carlos escuchó con atención la explicación que le dio Esteban.

–En la historia nunca unas ideas vencen a otras ideas. Sólo ocurre que los que logran más poder se esmeran en hacer desaparecer las ideas distintas a las suyas. –Se enteró, así, que las obras de Zoroastro fueron destruidas prolijamente durante treinta siglos, las de Mani durante los últimos dieciocho–. Las ideas de hace veinte años que no ligan con el poder no aparecen ni en internet –agregó Esteban.

Se despidieron con un café.

Carlos llegó inusualmente temprano a su casa. No sólo no estaban su esposa y sus hijos, sino que ni el perro salió a ladrar; a esa hora no llegaba nadie y era el momento de su siesta. Hizo unas llamadas telefónicas, reorganizó su agenda para el día siguiente y se echó a dormir. Se despertó nuevamente a las tres de la mañana. Esta vez su esposa dormía a su lado, no la había escuchado llegar ni a ella ni a sus hijos y, evidentemente, lo habían dejado descansar. Salió de su casa a las seis, antes de que nadie despertara.

49

El día estuvo repleto de actividades para el psiquiatra. Recuperar turnos, adelantar informes, revisar cuentas. No era tan sencillo restar un día a su trabajo para dedicarse a leer y ahora estaba pagando las consecuencias. Sin embargo, quería llegar a Amancay antes de que termine el día, deseaba hacer una nueva experiencia con doña Adela. Cuando atravesaba la puerta, a las cinco de la tarde, Carmen salía.

–¿Necesita algo, doctor?

–No, vaya tranquila Carmen, nos vemos mañana.

Preguntó a la enfermera de turno cómo estaba Doña Adela. Así supo que ya había despertado de su siesta y se encontraba tomando el té. Dejó el saco en el despacho y se dirigió a su cuarto.

No perdió tiempo en saludarla. En verdad, sentía que, desde el primer día que la conoció, había comenzado un diálogo con ella que nunca se había interrumpido. Claro que mientras el logos del doctor se componía de muchas palabras, el de Adela sólo incluía una: “maní”. Sin embargo, mientras las muchas palabras del psiquiatra naufragaban sin poder articularse en un sentido, las dos únicas sílabas que ella pronunciaba adquirían cada vez más profundidad y convicción.

–Adela, por fin he comprendido. –Ella volvió la cabeza y le regaló la mirada de sus ojos grises–. Usted es una elegida y yo soy un oyente que estoy aquí para servirla. Así que le quiero decir que esté tranquila, aquí no le faltará nada para que usted pueda dedicarse a la oración.

La información dada por el médico, como en otras ocasiones, no produjo efectos notables en la anciana. Pero esta vez le pareció que la vuelta a su mundo interior –que tan bien expresaba Adela con el sencillo movimiento de su cabeza cuando dejaba de mirar a su interlocutor– estuvo acompañada por un leve temblor de su mentón. Quizás porque el psiquiatra estaba cansado no le resultó tan claro asignar un valor a su expresión; podía significar tanto que lo escuchado no tenía nada que ver con ella o, de manera sugestiva, que finalmente reconocían su lugar en el mundo.

Carlos se retiró en parte desesperanzado y en parte animado. Le hubiera gustado tener alguna certeza sobre el efecto de sus palabras en la anciana, si realmente significaban algo relevante para ella, pero no lo pudo saber. Tal vez se trataba, sencillamente, de autosugestión: quizás sólo había logrado dar coherencia a una serie de informaciones inconexas que nada tenían que ver con la vida psíquica de Adela. Con ese sentimiento ambivalente se retiró de Amancay dos horas después de haber llegado.

Llegó a su casa como siempre, a las ocho de la noche. Su esposa lo recibió sin ninguna mención a la conversación de la madrugada antepasada. Quizás ella no fue a desayunar sencillamente porque, al despertar, nunca recordó lo conversado. El único defecto de esa hipótesis era que no había hecho tampoco ningún comentario sobre su ausencia del lecho conyugal. Él claro que podría haber ofrecido una explicación y preguntarle si recordaba la conversación mantenida en la madrugada, pero por alguna razón desconocida tampoco lo hizo. Era como que ambos se sentían culpables de algo, pero sin poder precisar de qué. ¿Él de no haber ido a dormir? ¿Ella de no haber ido a desayunar? Cenaron en medio de una no fingida cordialidad, los asuntos cotidianos ocuparon los diálogos familiares y cuando él llegó a la cama, luego de bañarse, ella ya dormía.

## 50

Cuando sonó el teléfono a la madrugada él imaginó que era él mismo que estaba llamando a su casa pero, apenas traspasó la duermevela más profunda, comprendió que debía atender. La enfermera de turno le avisaba que, sorpresivamente, había fallecido doña Adela. ¿Cómo? ¿Cuándo? Comprendió que nada de eso se podía resolver sin ir a la residencia. Le pidió que avisara al doctor Enrique, él ya iba para Amancay.

–Falleció una residente –le dijo a su esposa casi dormida mientras le daba un beso en la frente. Ella comprendió que iría al asilo en ese mismo momento. Intentó responderle el beso pero nunca encontró su cara, ni siquiera su hombro, el beso quedó dibujado en el aire.

Cuando Carlos llegó su socio aun no lo había hecho. El único personal nocturno en Amancay era el empleado de seguridad y la enfermera de guardia, quienes lo recibieron con claras señales de inquietud que él no percibió; sólo quería ver a la anciana y fue directamente a la habitación de Adela. Entró a su cuarto. La luz estaba prendida. Ella sonreía como siempre, pero esta vez con los ojos cerrados. Le tomó el pulso, nada. Tampoco sintió nada al buscar alguna señal de vida en su cuello. Sus dedos sólo sentían el frío incipiente de su cuerpo.

Imaginó el certificado de defunción que confeccionaría Enrique: “paro cardiorespiratorio”, diría de manera abreviada. Era, claro, una expresión circular: cuando alguien muere siempre cesan su actividad cardíaca y respiratoria; pero era la fórmula, el rito que quería decir que si su corazón no se hubiera detenido y su sistema respiratorio tampoco, aún estaría viva. También quería decir que no había sufrido un infarto y tampoco un accidente cerebro vascular. Al no saber el porqué, el lacónico “paro cardiorespiratorio”, siendo estrictamente exacto, no informa de nada, solo que alguien ha muerto.

Pero, por alguna razón, él necesitaba saber la causa. No sólo había muerto una residente sino alguien con quien había establecido una profunda conexión espiritual. Los días que había permanecido en el asilo parecían años, al menos si se tiene en cuenta el lugar que ocupó en la vida emocional del director.

–¿La llamó antes de morir? –preguntó a la enfermera.

–No, me avisó Fernando. –¿Fernando? ¿El empleado de seguridad? ¿Adela habría intentado comunicarse con él? ¿Cómo? Cuando iba en su busca se encontró en la recepción con su socio que acababa de llegar. Fernando le estaba explicando algo a Enrique, pero no lograba hacerse entender.

–Tranquilícese –le dijo Enrique–. Cuéntenos de nuevo cómo se dio cuenta de la muerte de la paciente. –Eso era bien de Enrique, para él todos eran pacientes, nunca había incorporado la palabra residente para referirse a las personas que vivían en el asilo.

–Yo no me di cuenta, me llamó el policía que hace la extra en la garita de la calle. –Claro que ese dato, lejos de aclarar alguna situación, la volvía más incomprensible. ¿Qué podría relacionar al policía de la esquina con la muerte de Adela? Pero Enrique no perdió la calma y siguió interrogándolo pacientemente.

–¿A dónde lo llamó?

–A mi celular, nosotros tenemos nuestros celulares por cualquier cosa rara que pase en el barrio.

–¿Y qué hizo usted?

–Marqué el interno de la enfermera y dejé el teléfono descolgado, y corrí al piso de arriba, a la habitación de doña Adela.

–¿Y qué pasó?

–Abrí la puerta y no había nada raro, la viejita dormía. Atrás mío llegó Elena, entró y le tomó el pulso. Después empezó a hacerle reanimación. Luego lo llamó a usted.

–¿Pero por qué subió usted?

–Porque me llamó el policía de la garita de afuera.

Carlos se dio cuenta que no sacarían nada en limpio. Fernando estaba angustiado y su relato era incoherente. La enfermera sólo podía agregar que se despertó con el teléfono interno y al no haber nadie que le respondiera pensó en una emergencia, salió de su cuarto del primer piso y vio a Fernando entrando a la habitación de doña Adela. Al llegar comprobó que la anciana había fallecido y no tuvo ninguna respuesta a sus maniobras de reanimación.

–Vamos a empezar por el principio –dijo Enrique, y le pidió a Fernando que llame al policía de la garita de la vereda de Amancay y le pregunte si por favor podía acercarse un momento.

## 51

Todos comprendieron que ya eran las siete porque Carmen acababa de entrar, justo en el momento en que sonaba el teléfono. Corrió a atender sin saludar. Lo que escuchó del otro lado le hizo apretar el puño izquierdo a la altura de su oreja y patear el piso con su pie derecho. El ruido de su taco llamó la atención de todos. Cuando dejó el auricular se dio vuelta con su puño aún apretado, como dispuesta a festejar un gol de su equipo favorito. Cuatro pares de ojos estaban clavados en su rostro que era toda sonrisa, pero al ver las caras serias de los dos directores, de la enfermera y del empleado de seguridad, lo que fuera que iba a decir quedó atrapado en su garganta.

En ese momento llegó el policía que hacía el turno de la noche en la esquina del geriátrico. Su gesto profesional no lograba disimular su turbación, aún sin conocer la extraña cadena de acontecimientos que se habían derivado de su llamado. Él sólo había intentado colaborar con el vigilador privado del asilo; no dejaba de ser extraño que lo llamen por ese asunto. Así que, por

las dudas, adoptó un camino intermedio entre la información y la disculpa:

–Yo no vi nada doctor. Llamé a Fernando porque en la segunda ventana había una luz muy fuerte, como de un flash, pero que no se apagaba nunca. Pensé que capaz había algún problema en la instalación eléctrica. Cuando terminé de avisarle a Fernando volví a mirar y ya estaba oscuro. Capaz que fue un reflejo de algún auto que pasó.

Fernando, algo más tranquilo, pudo empezar a dar coherencia a su relato. Ante el llamado del policía temió que hubiera un principio de incendio en la habitación, por eso llamó a la enfermera y subió corriendo por la escalera.

–¿Hubo fuego en la habitación? –preguntó Enrique.

–No, no, no hubo fuego, vea que ni rastros de fuego hay en el cuarto.

El policía completó su disculpa:

–Perdone doctor si di una falsa alarma; es que a la noche estamos todos cansados... Pero la luz era muy fuerte.

En ese momento entró un mensaje al teléfono de Enrique. El médico lo miró y una sonrisa se dibujó en su rostro. Dirigió esa sonrisa a Carmen y ella, por fin, pudo descongelar la suya. Tomó a su amigo del brazo, un poco por encima del codo, y lo atrajo hacia sí. Sin soltarlo le mostró la pantalla de su celular.

Los ojos de Carlos estaban húmedos. Algunos sabían de su especial relación con Adela. Otros sabían algo más. Todos tenían razón.

-Esta madrugada nació Lucas. Gracias por todo.